EL TEATRO MODERNO

ENRIQUE THUILLIER Y
JUAN LOPEZ DE LA HERA.



PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS



EL TEATRO MODERNO
AÑO III 14 mayo 1927 NÚM. 88

Enrique Thuillier
y J. López de la Hera

LA MUJER QUE NECESITO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Pereda, de Santander, el día 18 de septiembre de 1926, y en el Teatro Lara, de Madrid, el día 28 de diciembre del mismo año.



PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Paz	*Sta. Alba.*
Rosario	" *Rivas.*
Esperanza	" *Martinez.*
Trini	" *Cuevas.*
Martina	" *Armisén.*
Luis	*Sr. Balaguer.*
Don Cristóbal	" *Isbert.*
Manolo Zapata	" *Benitez.*

La acción en un pueblo de Castilla. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Sala baja, en casa de don Cristóbal. Al fondo, y un poco hacia la derecha, gran puerta sobre la terraza, que da al jardín, del que la separa una balaustrada; junto a esta puerta, y a la izquierda, ventana que da al jardín también. A la derecha, puerta de comunicación con otras habitaciones de la casa y con la entrada a ésta. A la izquierda, dos puertas. Debajo de la ventana, un sofá y dos butacas. En el rincón de la derecha, al fondo, un mueble con un gramófono. En el centro de la escena una mesita. Pendiente del techo, una lámpara. Sillas, cuadros, etc. Ambiente de bienestar. Todo muy ordenado y limpio. Son las siete de la mañana de un día del mes de julio.

ESCENA I

Doña Paz, Esperanza y Martina.

(Doña Paz es una buena señora de cincuenta años, muy viva de genio y con la manía de la pulcritud. Viste de negro. Al levantarse el telón, entra en escena por la primera izquierda, y recorre la habitación inspeccionando todos los muebles para ver si están limpios, a cuyo efecto los frota con el dedo, mirándoselo después para cerciorarse de que no tiene polvo. En esta tarea la interrumpe Esperanza, apareciendo por la derecha. Viene de prisa, y trae en la mano una fotografía con su marco.)

ESPE. ¿Y Martina, tía, no estaba aquí?

PAZ. Sí; pero la he mandado yo al cuarto de Luis, porque le había puesto el tintero encima de la mesa.

ESPE. Naturalmente, tía.

PAZ. Espera que acabe; encima de la mesa, sin colocarle debajo un papel secante, que es lo lim-

pio; luego se ponen a escribir y lo manchan todo.

ESPE. Siempre tan previsora. Pero ya debía haber acabado. *(Yendo a la puerta de la izquierda.)* Martina... Martina...

MARTI. *(Que es una vieja muy tiesa y muy vivaracha, apareciendo en la puerta.)* ¿Qué quieres?

ESPE. ¿Has hecho ya lo que te mandó la tía?

MARTI. Sí. Y además le he puesto un cenicero sobre la mesa para que no tire al suelo las colillas. Yo también me preocupo de que no ensucien la casa.

PAZ. Para no tener que limpiarla luego.

MARTI. ¿A que ahora va a resultar que soy una holgazana? ¡Cualquiera lo es, teniéndola a usted siempre al lado, que no la deja usted a una ni respirar!...

ESPE. Bueno, mujer. Toma este retrato y ponlo encima de la mesa del señorito.

MARTI. ¿Con otro secante debajo?

PAZ. Sin secante, pero con cuidado, no vayas a derramar el tintero. ¿Qué retrato es ése?

ESPE. Uno de la madre de Luis, que estaba guardado. Se me ha ocurrido ponerlo en su habitación; así le parecerá que está en su casa.

MARTI. *(Mirando el retrato.)* Está hablando.

PAZ. No hizo en su vida otra cosa la pobre. Buena y santa como la primera; pero tan charlatana como tú.

MARTI. ¿Como yo?

PAZ. Más que tú; porque como su marido era diplomático y vivió en tantos países, llegó a poseer seis o siete lenguas, y con todas se despachaba a su gusto.

MARTI. Pues yo no creo que abuso de la mía.

ESPE. Anda, anda y lleva el retrato. Y repásalo todo bien, a ver si falta algo.

MARTI. Siempre lo mismo: que si hablo, que si dejo de hablar... *(Mutis por la primera izquierda.)*

ESPE. Y Luis, ¿ha salido a su madre o a su padre?

Porque el tío creo que era hombre de pocas palabras.

PAZ. Las que le dejaba su mujer. Al sobrinito no le conozco; pero por lo que me ha dicho Cristóbal, que le vió en Madrid, debe de haber salido a los dos: al padre, en la afición a viajar, y a la madre, en no pensar más que en diversiones.

ESPE. ¿Y cómo se le habrá ocurrido venir?

PAZ. ¡Qué sé yo! El dice que para conocernos.

ESPE. Tanto tiempo sin ocurrírsele, y ahora, de pronto, qué prisa...

PAZ. Ya ves: ni una carta siquiera para anunciarnos con tiempo su viaje. Nada más que el telegrama de anoche diciendo que sale en el exprés, ansiando conocernos, y aquí estamos de coronilla esperando al niño. Menos mal que tú te pintas sola para llevar la casa, y lo has arreglado todo en un periquete. Si hubiéramos tenido que hacerlo Martina y yo solas, no sé qué hubiera sido de nosotros.

ESPE. Pues yo creo que el viaje de Luis debe de obedecer a otros motivos. Quizá a algún asunto relacionado con sus fincas.

PAZ. ¡Si nunca se ocupó de ellas! Las fincas, que eran de su madre y que ya administraba don César en vida de ella, son poca cosa comparadas con el resto de su fortuna, y Luis no se acuerda de ellas para nada. Tu tío Cristóbal es el que se entiende con don César, porque él, ni le contesta cuando le envía las cuentas.

ESPE. La verdad es que el tío Cristóbal tiene que ocuparse de la hacienda de toda la familia.

PAZ. Es natural. Mi marido es el único de los hermanos que ha vivido siempre aquí. Tu tío Pedro, con su bufete, su política y el ajetreo que le proporcionan su mujer y Rosarito, ya tiene bastante, y además vive en Madrid. ¿A quién había de confiar sus intereses en el pueblo? A su hermano Cristóbal. La madre de Luis tuvo que seguir a su marido por esos

mundos de Dios. ¿Quién podía representarla aquí? Su hermano Cristóbal. Tu padre, que era el único que podía haberle ayudado, murió en seguida, y ha sido el único que nos encargó algo agradable, puesto que al morir nos dejó en ti una hija.

ESPE. Y no pudo dejarme en mejores manos. Como a padres os quiero. Era tan pequeña cuando perdí a los míos, que bien puedo decir que no he conocido otros.

MARTI. *(Por la primera izquierda.)* Yo creo que no falta más que una cosa.

ESPE. ¿Cuál?

MARTI. El señorito. ¡Tengo unas ganas de verlo!... ¡Como se parezca a su padre, será un buen mozo! ¿Verdad, doña Paz?

PAZ. No pegues la hebra otra vez. Anda allá dentro.

MARTI. Es que no la dejan a una decir esta boca es mía. *(Mutis por la derecha.)*

ESPE. Ya me parece que tardan.

PAZ. *(Sacando del pecho un relojito de oro, que lleva pendiente de una cadena.)* Son las ocho menos veinte.

ESPE. Y el tren llega a las siete y diez.

PAZ. Ya conoces a tu tío. A lo mejor se ha sentado mientras sacan los equipajes, y con lo cansado que está siempre, no lo levantan ni con una grúa...

ESPE. ¡Pobre tío!...

PAZ. Del que tiene suerte en la vida, dice la gente que ha nacido de pie; pero no lo creas: a tu tío le ha ido muy bien, y, por las trazas, debió nacer sentado. ¡No he visto un hombre más holgazán!

MARTI. *(Por la derecha, muy contenta.)* Ya están ahí. *(Se va rápidamente. Doña Paz y Esperanza se dirigen a la puerta de la derecha. Aparece en ella don Cristóbal.)*

ESCENA II

Doña Paz, Esperanza y Don Cristóbal.

PAZ. ¿Y Luis? ¿Dónde está?

CRIST. Eso mismo vengo preguntándome desde la estación. ¿Dónde estará Luis? *(Se desploma, rendido, en una butaca.)*

ESPE. Pero ¿no ha llegado?

CRIST. Yo creí encontrarme aquí con noticias suyas.

ESPE. Pues aquí no sabemos nada.

CRIST. Bueno. Luego dirán que al que madruga, Dios le ayuda. Siete años hacía que no me levantaba a estas horas; pero, después de lo de hoy, pienso morirme sin repetir el madrugoncito.

PAZ. ¿Y qué hacemos?

CRIST. ¡Yo qué sé!

PAZ. Esperanza, ¿tú qué opinas? ¿Telegrafiamos pidiendo noticias?

ESPE. Yo creo que lo mejor es esperar.

CRIST. Claro. No hay que precipitarse.

ESPE. Tal vez más tarde tengamos noticias de Luis.

PAZ. ¿Qué puede haberle pasado?

CRIST. Nada, mujer; que habrá perdido el tren. No es el primer plantón que me da... Ya en Madrid me dió unos cuantos. Para él eso de la puntualidad es un mito: llega siempre tarde. Como Rosarito, que, naturalmente, no habrá venido.

PAZ. Ya sabes que, por fortuna, viene poco, y además, se levanta a las mil, como tú..., como tú cuando te levantas.

CRIST. Sí; pero me dijo que hoy madrugaría para recibir a Luis. Me encargó que le comprara en la estación el "Aire Libre".

ESPE. Se le habrá olvidado. Ya sabes lo atolondrada que es.

PAZ. Como su primo tenga el mismo seso que ella, nos van a dar el verano entre los dos. Yo la

temo; cada vez que viene me deja la casa como si hubiera habido un terremoto: todo lo trastorna, lo rompe todo...

CRIST. A mí me divierte mucho. Es muy graciosa.

ESPE. Y muy buena.

PAZ. Muy buena, sí; pero muy loca. No veo el día en que se vaya.

CRIST. No tardará en irse. Pedro vendrá a fin de mes a llevarse a toda la familia a San Sebastián. *(Viendo entrar a Rosario.)* Ahí la tienes.

ESCENA III

Dichos y Rosario.

ROSA. *(Entrando por el fondo, como una exhalación.)* ¿Llegó Luis?

PAZ. Buenos días.

ROSA. *(Sin fijarse en doña Paz.)* ¿Dónde está, tío?

PAZ. Ya que no saludes, contesta siquiera.

ROSA. ¡Hola, tía! No te había visto. No te enfades. *(La besa ruidosamente.)*

PAZ. *(Limpiándose la cara.)* ¡Quita! ¡Quita! Ya te he dicho que no me beses con los labios pintados. ¡Uf, qué porquería!

ROSA. ¡Hola, Esperancilla!

CRIST. Pues, chica, tu primo no ha llegado.

ROSA. ¿Qué ha ocurrido?

ESPE. No sabemos.

ROSA. ¿Has ido a la estación?

CRIST. Sí.

ROSA. ¿Y no ha venido?

CRIST. No.

ROSA. ¿Ni tenéis noticias? Pues eso es que le ha pasado algo. Hay que averiguarlo, dar parte, telegrafiar a todas las estaciones.

ESPE. No seas impulsiva, mujer. Si Luis no ha venido será porque a última hora habrá surgido algún inconveniente para su viaje. Ya nos lo explicará.

ROSA. Tú siempre tan calmosa.

CRIST. Y tú, siempre tan atropellada. Mucha vehemencia para todo, y la misma facilidad para olvidarlo. Vamos a ver: ¿qué me encargaste anoche?

ROSA. ¿Anoche? ¿Te encargué yo algo anoche?

CRIST. Y me repetiste el encargo setenta veces.

ROSA. Pues no me acuerdo.

CRIST. Me lo figuraba; pero si a ti se te olvidan tus encargos, a mí, no. Aquí tienes. *(Le da el número de "Aire Libre".)*

ROSA. *(Entusiasmada.)* Es verdad. ¡Con las ganas que tenía de leerlo! Gracias, tío, gracias... *(Dándole besos.)* Qué tío más bueno tengo, y más simpático, y más guapo.

CRIST. Vamos, chica, basta de piropos, que me vas a poner colorado.

PAZ. Como siga besándote, te pondrá como un tomate. Lleva en los labios más pintura que una paleta...

ROSA. ¡Ah! Pero ¿también se dan coba las paletas? ¡Ja ja!...

PAZ. ¡Mira qué graciosa te has levantado hoy! *(A don Cristóbal, que ríe oyendo las cosas de Rosario.)* No te rías tanto, que te vas a poner malo, hombre... *(A Esperanza.)* ¿Y tú no te ríes?

ESPE. *(Riendo también.)* Eres el demonio, Rosario.

PAZ. Vamos, que has tenido un éxito...

ROSA. *(Viendo el periódico. A don Cristóbal.)* Mira, mira qué tíos más bestiales.

PAZ. Niña...

CRIST. Sí que parecen brutos.

ROSA. Es un equipo estupendo. El mejor de Inglaterra. Mira, tía, mira qué piernas tiene el interior izquierda.

PAZ. Parece mentira que una señorita vea estos periódicos donde los hombres se retratan en calzoncillos.

CRIST. Pues no vuelvas la hoja, porque los verás sin ellos.

ROSA. *(Volviendo rápidamente la hoja.)* Es Watson, el campeón de pesos medios. ¡Cómo me gustaría verle dar puñetazos! Fíjate, Esperanza, fíjate qué brazos tiene.

ESPE. ¡Lástima de fuerza desaprovechada! ¡Con lo bien que estaría este hombre cavando!

ROSA. ¡Que te crees tú eso! A ver si cavando iba a ganar los millones que gana dando trastazos. A mí me entusiasma el boxeo. *(Boxeando con los muebles y derribando alguno, con gran sobresalto de doña Paz, que los pone en su sitio, ayudada por Esperanza, mientras don Cristóbal ríe la gracia.)* ¡Hop! ¡Hop!... ¡Hop!...

PAZ. Niña, que vas a romper algo.

ESPE. ¡Por Dios, Rosario!

CRIST. ¡Hurra! ¡Hurra!...

ESCENA IV

Dichos y Martina.

MARTI. *(Por la derecha, con un telegrama que da a don Cristóbal.)* Un telegrama. *(Mutis por derecha.)*

ROSA. Será de Luis.

ESPE. Seguramente.

PAZ. A ver qué ha pasado.

CRIST. Vamos a verlo. *(Leyendo el telegrama.)* "Desisto viaje. Abrazos.—Luis." Lacónico.

PAZ. Nos ha sacado de dudas.

ESPE. Escribirá explicando por qué no viene.

ROSA. Caso de que pueda explicarse.

PAZ. En fin, lo importante es que a Luis no le ha ocurrido nada. Y puesto que no viene, hay que volver a dejar su habitación como estaba. Ya podía haberlo pensado antes, y nos hubiera ahorrado todas estas molestias.

ESPE. El trastorno no es grande. En seguida lo ponemos todo en su sitio.

MARTI. *(Entrando muy alegre.)* ¡Ahí está!

CRIST. ¿Quién?
MARTI. ¿Quién ha de ser? ¡El señorito Luis! *(Mutis.)*
PAZ. Cada vez lo entiendo menos.
ESPE. Y yo.
ROSA. Ha querido sorprendernos. ¡Formidable!
MARTI. *(Entrando.)* Pase usted, pase usted por aquí.
CRIST. *(Yendo a la puerta de la derecha.)* ¡Adelante, Luisillo!

ESCENA V

Dichos y Luis.

LUIS. *(Por la derecha, en traje de viaje, con "trinchera" y gorra, y cubierto de polvo.)* ¡Querido tío! ¡Qué sorpresa! ¿Eh? *(Le abraza.)*
CRIST. Grandísima. *(Presentando.)* Tu tía.
LUIS. ¡Tía de mi alma! *(La abraza efusivamente, y la deja como para echarla a la sartén.)*
PAZ. ¡Sobrino!... ¡Uf, cómo vienes!... *(Tosiendo a consecuencia del polvo que se le atraganta.)*
CRIST. Tus primas Esperanza y Rosario.
ROSA. *(Avanzando rápidamente, y dándole la mano con energía.)* ¡Hola, chico! ¡Qué ganas tenía de conocerte!
LUIS. Y yo a vosotras. ¿Cómo estás, Esperanza?
ESPE. Muy bien, ¿y tú?
LUIS. Perfectamente.
PAZ. Perfectamente, pero muy sucio.
MARTI. *(A don Cristóbal.)* Preséntenme usted a mí también.
CRIST. Bueno, mujer. *(A Luis.)* Esta es Martina.
MARTI. Para servirle...
LUIS. Gracias.
MARTI. *(A doña Paz, dispuesta a charlar un rato.)* ¡Hay que ver lo que ha crecido! ¿Eh?
PAZ. Hay que ver lo fresca que eres! *(Siguen discutiendo en voz baja.)*
CRIST. Nos habías puesto en cuidado.
PAZ. Y ahora nos ha puesto perdidos. *(Mientras*

habla don Cristóbal, Luis se despoja de la trinchera y la tira sobre la primera silla que encuentra a mano, después de tirar la gorra y los guantes sobre la mesa. Doña Paz coge todas las prendas con las puntas de los dedos para no mancharse más, y se las da a Martina, que se las lleva haciendo mutis por la primera izquierda.)

CRIST. ¿Qué te ha pasado? Primero dices que vienes en el exprés. Voy a la estación y no llegas. Después recibimos un telegrama avisándonos de que no vienes. Y cuando ya no te esperábamos, apareces de improviso, como llovido del cielo.

LUIS. ¿Pero ha ido usted a esperarme? ¿No llegó a tiempo mi telegrama?

PAZ. Lo hemos recibido hace un momento.

LUIS. Pues yo lo puse anoche. Decidí de pronto venir en el primer tren, que era el exprés; pero luego supe que pasaba por aquí a una hora muy intempestiva...

PAZ. Intempestiva para los que acostumbráis a levantaros tarde.

CRIST. *(Aparte a Rosario.)* Eso va con nosotros.

LUIS. ¡Caramba, pues es verdad! No se me ocurrió que ustedes madrugarían. El caso es que, para evitarles la molestia, resolví venir en el coche, y telegrafié para que no salieran a esperarme. Lo que no me explico es cómo ha tardado tanto el telegrama.

ESPE. Es que la estación telegráfica de aquí es limitada.

LUIS. Pues tampoco caí en ello. Total: que no he hecho más que tonterías.

PAZ. Hasta ahora sí, hijo mío. *(Entra Martina por la primera izquierda y queda esperando ocasión de echar su cuarto a espadas; pero doña Paz le hace un gesto, y Martina, muy a pesar suyo, se va por la segunda izquierda.)*

ROSA. ¿Y qué coche tienes, oye? ¿Es un Rolls?

LUIS. No, un Hispano.

ROSA. Voy a verlo. *(Mutis derecha.)*
PAZ. Tú querrás asearte, ¿verdad?
LUIS. Sí, tía, sí.
ESPE. Mientras, te prepararemos el desayuno; porque no habrás tomado nada.
LUIS. Nada; pero no os molestéis.
ESPE. No es molestia.
PAZ. Aquí tienes tu cuarto. *(Por la primera izquierda.)* Si necesitas algo, pídelo. *(Luis hace mutis.)* Yo también voy a cepillarme; porque parece que quien ha hecho el viaje he sido yo. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

ESCENA VI

Esperanza, Don Cristóbal y *Martina.*

ESPE. *(Llamando.)* ¡Martina! ¡Trae el servicio para el desayuno! *(Va a la puerta del cuarto de Luis.)* ¡Luis!
LUIS. *(Dentro.)* ¿Qué?
ESPE. ¿Qué vas a tomar? ¿Chocolate o café con leche? *(Entra Martina con lo que le han pedido.)*
LUIS. Café.
ESPE. *(A Martina.)* Trae café. Yo arreglaré esto mientras.
MARTI. Es guapo, ¿eh? Todo el tipo de su padre. No ha salido a la familia de la madre, no.
CRIST. Muchas gracias, mujer.
MARTI. No hay de qué; es la verdad. ¡Pues no había diferencia entre ustedes y su cuñado! ¡Un hombre tan elegante!... ¡Siempre con los guantes puestos!... ¡Y con aquel cristal en el ojo derecho, que no se le caía nunca!...
CRIST. Es que lo llevaba pegado.
ESPE. No le des cuerda, tío, que no acabará nunca... *(A Martina.)* Anda, trae el café.
CRIST. Tráeme a mí también una tacita. Como desayuné tan temprano, tengo debilidad.
MARTI. En seguida. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

CRIST. ¿Qué te parece tu primo?

ESPE. Un poco aturdido; pero parece buen muchacho.

CRIST. Los pocos años. Presumo que entre él y Rosarito le van a dar muchas rabietas a tu tía.

ESCENA VII

Dichos y Luis.

LUIS. Ya estoy más presentable. *(Entra Martina con el café. Esperanza se lo sirve a Luis y a don Cristóbal.)* ¿Y Rosarito? ¿Y la tía?

MARTI. La señorita Rosario se ha metido en el automóvil y ha dicho que va a dar una vuelta. *(Mutis por la derecha.)*

CRIST. A ver si da una vuelta de campana. ¿Tú tienes mucho interés por el coche?

LUIS. Me interesa más Rosarito.

ESPE. ¡Qué chiquilla! Sin saber si te parecería bien.

LUIS. A mí me parece admirable.

CRIST. ¡Claro, hombre, y a mí también! Las mujeres deben ser así: decididas.

LUIS. ¿Tú no eres tan resuelta?

ESPE. Yo no.

CRIST. Esperanza es como debe ser una mujer de su casa: como Paz.

LUIS. ¿Dónde está la tía?

CRIST. Ha dicho que iba a cepillarse; pero ya sabemos lo que eso significa en ella. De seguro que se está mudando hasta de camisa.

LUIS. ¿Y eso?

CRIST. Calla, hombre; tú no la conoces: en cuanto se ve una mota en el vestido, ya tiene limpieza para una hora.

LUIS. No será tanto.

ESPE. Si en la limpieza cupiese exageración, podría decirse que era exageradamente limpia.

CRIST. Es ya una manía. Con decirte que no se quiere vestir más que de negro, porque dice que

es el único color que no sufre las manchas...

LUIS. *(Ofreciendo tabaco a don Cristóbal.)* ¿Un pitillo?

CRIST. Venga.

ESPE. *(Colocando en la mesa un cenicero.)* ¿No estaba bueno el café? Apenas lo has probado.

LUIS. Es que no tengo costumbre de desayunar. Como me levanto tan tarde...

CRIST. Eres de los míos. Yo no me levantaría hasta la hora de almorzar. ¡Y si me dejasen almorzar en la cama!...

ESPE. *(Riendo.)* Propónselo a la tía.

CRIST. ¡En seguida! Dice que cada cosa debe hacerse en su sitio: dormir en la alcoba, comer en el comedor, fumar en el jardín...

LUIS. Pues eso está muy bien.

CRIST. Claro, como debe ser.

LUIS. No hay más que entrar en la casa para darse cuenta de la pulcritud de su dueña. Todo tan limpio, tan reluciente, tan ordenado. La casa es preciosa.

CRIST. Un poco vieja, pero muy cómoda. Luego la verás.

ESPE. Con tu permiso, voy a decir a Martina que venga a llevarse esto, y de paso a dar una vuelta por la cocina.

LUIS. Ya veo que tú también estás en todo.

CRIST. Es el brazo derecho de Paz. Ella es quien dirige la casa; pero sin las exageraciones de su tía, como debe ser.

ESPE. Hasta ahora. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

ESCENA VIII

Don Cristóbal y Luis.

CRIST. Bueno, hombre, bueno. ¿Y qué hay por Madrid? Calor, ¿eh? *(Al ver que Luis, levantándose, mira por todas las puertas para cerciorarse de que no los oyen.)* ¿Pero qué te pasa? ¿Qué miras?

LUIS. Tío... Estaba deseando que nos dejasen solos; tengo que hablar con usted.

CRIST. Me asustas. ¿Ocurre algo?

LUIS. Tranquilícese usted; no es nada grave, pero deseo saber su opinión.

CRIST. Ya te escucho.

LUIS. Ante todo, para que no me juzgue usted equivocadamente, debo revelarle un defecto de mi carácter, que, a pesar de serme perfectamente conocido, me es imposible corregir.

CRIST. Veamos ese defecto.

LUIS. Por mi temperamento impulsivo, me sucede que siempre que he de tomar una decisión rápida o una determinación importante, la misma vehemencia de mi carácter, sin duda, nubla mi juicio, ofusca mi inteligencia y hago o digo lo contrario de lo que debiera.

CRIST. ¡Demonio!

LUIS. Y lo terrible es que en seguida veo mi error, que en muchos casos no tiene arreglo o es muy difícil de arreglar. Siempre que las circunstancias me han dejado tiempo para resolver, he obrado con lógica y acierto; pero como se trate de una resolución inmediata, de algo inesperado, ya puede usted estar seguro de que hago una barbaridad. ¿Se hace usted cargo?

CRIST. Perfectamente. Y ahora se trata...

LUIS. A eso vamos. A ustedes les habrá sorprendido mi precipitado viaje.

CRIST. Un poco; pero encontrábamos natural que vinieras a vernos. Sobre todo, yo. Te he animado a hacerlo tantas veces...

LUIS. Pues no me agradezcan ustedes la visita. Mi viaje es una fuga.

CRIST. ¿Una fuga? Vamos, explícate.

LUIS. Mi vida ha sido hasta ahora la de todo el que se encuentra a mi edad solo, con dinero, salud y buen humor. He tenido novias, porque comprendo que en mi situación me convendría casarme; pero no he tenido la suerte de encon-

trar la mujer que necesito: alegre, bulliciosa, que me acompañe en la vida gozando conmigo de ella como de un espectáculo divertido... En fin, como dicen que fué mi madre.

CRIST. ¿Y no has encontrado ninguna? Pues yo creí que las muchachas de ahora...

LUIS. Aparentemente son así casi todas; pero en cuanto huelen el matrimonio toman un aspecto de gravedad, una suficiencia de señoras de su casa, que hace imposible forjarse ilusiones: a los tres meses de casados, se acabó la compañera divertida, y empieza la esposa insoportable.

CRIST. Hombre, no tanto... Creo que exageras. Pero... ¿y tu fuga? ¿Acaso una novia de ésas?

LUIS. No; si he hablado de todo esto ha sido para que no me tome usted por un vulgar tenorio de "cabaret", y conozca mis deseos de casarme, y mis intenciones sobre el particular.

CRIST. Entendido. Sigue, y lleguemos al asunto.

LUIS. El asunto es vulgar, y sin ese fatal defecto a que antes me he referido no hubiera tenido importancia. En pocas palabras está explicado. Una noche, hace cuatro meses, y a los pocos días de llegar a Madrid, estaba yo en Maxim's con un amigo. En la mesa de al lado habia una pareja que a poco de llegar nosotros empezó a disputar, según supe después, porque él creyó que ella me miraba. La disputa fué haciéndose cada vez más violenta, hasta que aquel hombre, poniéndose en pie repentinamente, se abalanzó sobre la mujer y comenzó a golpearla, dirigiéndola al mismo tiempo los más terribles insultos.

CRIST. ¡Qué salvaje!

LUIS. Como es natural, todos los que presenciamos la escena corrimos a sujetar a aquel cafre; yo, por estar más cerca, llegué el primero y le detuve, afeándole su conducta.

CRIST. Bien hecho.

LUIS. El, cada vez más excitado, me dijo una gro-

sería que no tenía más contestación que la que yo le di: un puñetazo. Nos enzarzamos... Y aquí viene mi primera torpeza. Cuando nos separaron, la mujer le increpó, diciéndole que ni él ni nadie podían impedir que mirase a quien se le antojara, puesto que era libre y de nadie dependía; luego me dió las gracias y me pidió que la sacase de allí y la acompañase. Yo debí meterla en un coche, y que hubiera ido adonde hubiese tenido por conveniente; pero en aquel momento me ofusqué y le dije que sí a todo. De manera, que una vez en la calle, accedí a llevarla a mi casa, porque así me lo suplicó pidiéndome protección contra aquel hombre a quien temía, y, de concesión en concesión, la cosa acabó en que... hoy vive en un piso que yo le he puesto, y en que ya no sabía cómo deshacerme de ella.

CRIST. ¿Y qué has hecho?

LUIS. Ya se lo he dicho a usted: huír. Muchas veces he salido de casa dispuesto a romper con ella; pero me horrorizan las escenas dramáticas. Como dije antes, la vida para mí es un espectáculo alegre y divertido... Total: que llegaba allí, me la encontraba tan feliz, tan cariñosa, tan contenta, y no me atrevía a decirle nada. Ayer se me ocurrió, de pronto, la idea salvadora: venirme a pasar una temporada con ustedes, desaparecer.

CRIST. Pero algo tendrás que hacer con ella.

LUIS. Claro. Escribirle lo que no me he atrevido a decirle frente a frente, evitándome así una escena desagradable. Por el camino lo he pensado bien: le escribo una carta muy razonada, incluyo en ella un cheque, que es la razón de más peso, y haciendo que echen la carta al correo en un sitio que esté muy lejos de aquí, evito el peligro de que me encuentre, si acaso se le ocurre buscarme.

CRIST. ¡Magnífico!

LUIS. ¿Aprueba usted mi plan?

CRIST. En absoluto. Y me felicito de la aventura, que ha sido causa de que te tengamos entre nosotros. Ya verás qué bien te sienta esto.

LUIS. No sabe usted cuánto me alegro de que encuentre usted acertada mi decisión. ¡Si viera usted los deseos que tengo de encontrar una mujer a mi gusto, para casarme en seguida, y no estar expuesto a estas complicaciones!

CRIST. Pues, mira; es posible que aquí la encuentres.

LUIS. ¿Aquí?

CRIST. O mucho me engaño, o tu prima Rosarito es la perfecta realización de tu ideal.

LUIS. ¿Usted cree?...

CRIST. Estúdiala, a ver si me equivoco.

LUIS. Y es bonita, es bonita Rosario.

ESCENA IX

Dichos y Rosario.

ROSA. *(Por la derecha. Trae en la mano un claxon.)* ¿Quién habla de Rosario? ¿Qué decíais de mí?

LUIS. Que eres muy bonita. ¿Qué te ha parecido el coche?

ROSA. Formidable; pero por poco te lo hago cisco.

CRIST. ¿No lo dije? ¿Has volcado?

LUIS. ¿Te ha ocurrido algún accidente?

ROSA. No ha sido nada: un cerdito que se atravesó sin darme tiempo a frenar. Lo aplasté. Sus amos empezaron a gritar, y si no detengo el coche, lo deshacen a pedradas. Afortunadamente paré a tiempo, y no ha sufrido más averías que esta abolladura del claxon. Aquí te lo traigo. A los del cerdo les he dicho que tú se lo pagarías, y se han quedado tan tranquilos.

CRIST. Para tranquilidad, la tuya.

ROSA. ¿Es que he hecho mal?

LUIS. Al contrario: has hecho perfectamente. *(A don Cristóbal.)* Es deliciosa. Me parece que tiene usted razón.

ROSA. ¿Razón? ¿En qué?

CRIST. En pensar que vais a congeniar mucho Luis y tú. Tenéis un carácter muy semejante.

ROSA. Eso es llamarte aturdido; no vayas a creerte que es un elogio.

LUIS. ¿Eso piensan de ti?

ROSA. No sé si lo piensan; pero me lo dicen a todas horas.

CRIST. Yo no; ya sabes que a mí me gusta la gente animada, jovial. ¡Como debe ser, hombre, como debe ser!

LUIS. Lo mismo opino. A usted le consta.

CRIST. Pues ahí os quedáis. Yo voy un ratito al jardín, a leer el periódico como de costumbre. *(Aparte a Luis.)* No dirás que no soy discreto. *(A Rosario.)* Haz tú los honores de la casa a tu primo, Rosarito.

ROSA. Vete tranquilo, tío; yo le entretendré hasta la hora de comer. Hoy no voy a casa; ya he avisado que como aquí.

CRIST. Me parece muy bien. Hasta luego. *(A Luis, haciendo mutis por el foro.)* Anda con ella, sobrino.

LUIS. Hasta luego, tío.

ESCENA X

Rosario y *Luis.*

ROSA. Tú dirás qué prefieres. ¿Quieres que nos quedemos aquí, o te gusta más dar un paseo antes de comer?

LUIS. Prefiero que nos quedemos aquí y charlemos. Tenemos que contarnos muchas cosas, ¿no te parece?

ROSA. Como quieras. *(Se sienta.)*

LUIS. *(Sentándose a su lado.)* Es particular nuestro caso: ¡mira que no habernos conocido antes, siendo primos hermanos!

ROSA. ¡Ya, ya! Sólo ibas a Madrid en ocasiones en

que yo no estaba... Llegué a creer que no querías nada con la familia, que huías de nosotros.

LUIS. ¡Qué disparate! Precisamente, cuando hace cuatro meses decidí instalarme en Madrid de un modo definitivo, lo primero que pensé con alegría fué que al fin iba a tener cerca de mí a parte de mi familia: a tus padres, a ti, a tu hermano...

ROSA. Y otra vez la casualidad empeñada en separarnos.

LUIS. Como siempre. Lo primero que hice al llegar fué irme a tu casa; pero no encontré más que a tu padre, que me recibió con los brazos abiertos, y me dijo que los médicos habían aconsejado que tu hermano viniese al campo a reponerse de su enfermedad y que tu madre y tú habíais venido con él.

ROSA. Ya verás qué guapo está. Es ya un hombrecito. Supongo que irás a verle.

LUIS. A él y a la tía. Esta misma tarde. *(Enciende un cigarro.)* ¿No te molesta?

ROSA. Al contrario. ¿Son egipcios?

LUIS. Sí. ¿Es que...?

ROSA. Dame uno. Aprovecharé que no están aquí los tíos.

LUIS. *(Dándole un pitillo y ofreciéndole una cerilla.)* Verdaderamente eres encantadora.

ROSA. ¿Tú no me encuentras aturdida?

LUIS. Te encuentro como eres: franca, alegre, atractiva... ¡preciosa!

ROSA. ¡Adulador!

LUIS. Creo que el tío Cristóbal ha acertado y que vamos a congeniar extraordinariamente, ¿verdad?

ROSA. Ya veremos. No creas que es tan fácil congeniar conmigo. Hace falta estar siempre de buen humor.

LUIS. Como yo.

ROSA. No tomar nada en serio.

LUIS. ¡Como yo!

ROSA. No pensar más que en divertirse.

LUIS. ¡Como yo!

ROSA. En reír, en bailar...

LUIS. ¡Como yo! ¡Como yo!

ROSA. *(Levantándose.)* ¿Te gusta a ti bailar?

LUIS. *(Levantándose también.)* Me entusiasma.

ROSA. ¿Y bailas bien?

LUIS. Mi modestia me impide contestar a esa pregunta; pero ya lo verás en la primera ocasión que se nos presente.

ROSA. Pues vamos a verlo ahora mismo. *(Va al gramófono.)* ¿Qué quieres? ¿Un fox? ¿Un charlestón?

LUIS. Lo que quieras. Todo lo domino. *(Separa todos los muebles, arrinconándolos.)*

ROSA. *(Poniendo un disco y haciendo funcionar el aparato.)* ¡A demostrarlo! El movimiento se demuestra andando.

LUIS. Y mejor que andando, bailando. *(Bailan.)* Es un charlestón estupendo.

ESCENA XI

Dichos y *Don Cristóbal,* que aparece por el fondo y contempla el cuadro sonriendo bonachonamente.

ROSA. *(Sin ver a don Cristóbal.)* Chico, eres un hacha.

LUIS. *(Lo mismo.)* Se hace lo que se puede.

CRIST. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Así me gusta! Ya decía yo que haríais buenas migas.

LUIS. *(Dejando a Rosario.)* Usted perdone, tío.

CRIST. Nada, hombre. Si a mí me gusta la gente así. Ahora veréis. Ahora veréis qué "shimmy". Yo os haré el "jazz-band". *(Coge las cucharillas del servicio del café, y con ellas, las tazas, los vasos, el azucarero y el claxon que trajo Rosario, empieza a acompañar al disco, dando de vez en cuando gritos como cualquier negro de un "jazz-band" auténtico.)*

LUIS. ¡Estupendo, tío!

ROSA. ¡Es usted otro hacha!
CRIST. ¡Duro! ¡Duro!

ESCENA XII

Dichos y *Esperanza.* Luego, *Martina;* al final, *Doña Paz.*

ESPE. *(Entrando por la segunda izquierda.)* ¿Qué es esto? ¿Os habéis vuelto locos? Pero, tío, ¿tú también? *(Ríe.)*
CRIST. Toma, Esperanza, ayúdame a hacer ruido. *(Le ofrece una cucharilla, que Esperanza rechaza riendo.)*
ESPE. Eres tan chiquillo como ellos.
ROSA. No te pares, tío, no te pares.
LUIS. Déle usted al "jazz".
CRIST. Allá va. *(Vuelve a la carga con mayor ímpetu.)*
MARTI. *(Por la segunda izquierda, muy asustada.)* ¿Se ha roto algo? *(Se queda un momento asombrada, y luego rompe a reír estrepitosamente, contribuyendo al jaleo con sus risas. En este momento aparece doña Paz por la segunda izquierda, y se queda de una pieza; el asombro le impide hablar.)*
ESPE. *(Viéndola.)* ¡Tío... tío...!
CRIST. ¡No hay tío que valga! ¡Venga juerga! *(Toca con fruición el claxon, y cuando mayor es su entusiasmo ve a doña Paz, quedando inmóvil en el acto.)*
PAZ. *(A don Cristóbal.)* ¿Pero estamos en casa o en el Palacio de Hielo?
CRIST. *(Cortado, queriendo sonreír, como un niño a quien sorprendieron haciendo una travesura.)* Lo dices por la animación, ¿eh?
PAZ. ¡Lo digo por la frescura! *(Esperanza, conteniendo la risa, trata de calmar a doña Paz; don Cristóbal no sabe qué hacer con el claxon; Rosario y Luis, sin dejar de bailar, ríen bulli-*

ciosamente al ver el azoramiento de su tío; Martina ríe también con todas sus fuerzas.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Una semana después. Son las diez de la mañana.

ESCENA I

Doña Paz y Esperanza.

(Esperanza, arrodillada, examina las patas de la mesita que hay en el centro. Doña Paz, con el brazo derecho en cabestrillo, espera el resultado del examen.)

PAZ. ¿Qué? Rota, ¿verdad?

ESPE. Sí, tía.

PAZ. ¡Claro! Al demonio se le ocurre sentarse sobre una mesa como si se tratara de un sofá.

ESPE. Lo hacen sin darse cuenta.

PAZ. Pues debieran darse cuenta de que no lo hacen en su casa. Eso de sentarse en cualquier sitio menos en los asientos, será todo lo americano que quieran tus primitos; pero no me van a dejar un mueble sano.

ESPE. Esto no tiene importancia, tía.

PAZ. ¿Y lo de la lámpara del comedor? ¿Tampoco tuvo importancia? ¿Y lo del espejo de la sala? ¿También fué un juego inocente? ¿Y lo del ojo de la cocinera? ¿Tampoco fué nada lo del ojo?

ESPE. No lo hacen con mala fe.

PAZ. Eso faltaba: que lo hicieran con intención. Y si sólo causaran desperfectos en los muebles...; pero sus barbaridades también hacen víctimas

entre los que sienten y padecen. ¡La de animalitos que han atropellado por esas carreteras de Dios! ¡Qué espanto! Y a mí no me mandaron al otro barrio por milagro.

ESPE. Ya te lo dije yo: "Tía, no vayas con ellos en automóvil, porque te expones a un percance."

PAZ. Y me parecieron de perlas tus consejos; pues, dicho sea en tu alabanza, eres de lo poquito con sentido común que va quedando en la familia. Pero se empeñaron en que fuese a dar un paseíto con ellos, y aunque yo no quería...

ESPE. Acabaste por dar tu brazo a torcer...

PAZ. Y me lo pusieron como un sacacorchos. Se me eriza el cabello cuando viene a mi memoria la escenita. Ibamos como alma que lleva el diablo; de pronto, ¡zas!, la voltereta; el auto hecho cisco, tus primos ilesos y yo inválida. Aquí me tienes: cinco días llevo sin poderme valer, e inútil para todo. Menos mal que te tengo a ti.

ESPE. ¿Entonces, por qué te apuras? La cosa, a Dios gracias, no pasó del susto. Mis primos...

PAZ. No me hables de ellos.

ESPE. Pecaron de irreflexivos, es verdad; pero bien que lamentaron el accidente. ¡Había que ver las caras que traían los pobrecillos!

PAZ. Peor la traía yo. Nuestra suerte es que hoy mismo se marcha Luis. *(Esperanza hace un gesto que no pasa inadvertido para doña Paz.)* ¿Lo sientes tú?

ESPE. ¿Yo? Un poquitín, tía. ¿A qué negarlo? Luis es un muchacho bueno, cariñoso, incapaz de querer mal a nadie. Por ti siente adoración.

PAZ. Hay cariños que matan.

ESPE. No exageres. Luis es como un niño noble y travieso que necesita de consejos razonables y desinteresados, no de riñas y malos modos. Lejos casi siempre de sus padres, se crió y educó en manos de gentes que sólo veían en él... un niño más; un niño que, como tantos otros, se sujetaba a las reglas de un colegio:

a esas reglas que se imprimen en un papel, como si al espíritu de los niños se pudiera llegar con palabras impresas.

PAZ. Quizá no te falte razón; pero ya es un hombrecito, ¡caramba!

ESPE. Un hombrecito que tuvo la suerte de conservar su alma de niño. En buenas manos, Luis llegaría a ser todo un hombre.

PAZ. Rosarito se encargará de ello. No ha podido escoger mejor consejera.

ESPE. ¿Y no te ha dicho Luis a qué obedece lo precipitado de su marcha?

PAZ. Me lo quiso decir; pero le paré los pies. Anoche vino hacia mí con un telegrama en la mano: "Tía, mañana me marcho en el rápido." "¡Hijo de mi alma, cuánto me alegro!" Le dejé parado.

ESPE. *(Riendo.)* ¡Lo creo!

PAZ. Pero no se fué sin decirme: "El auto se lo dejo aquí como recuerdo." ¿Qué te parece?

ESPE. Una broma.

PAZ. De muy mal gusto. Gracias a Dios, ya podrá darme pocas. Y en cuanto se vaya, Rosarito desaparecerá también de aquí, y la veremos como antes: de higos a brevas. Mentira me va a parecer. *(Por la ventana entra una pelota que da en la frente a doña Paz; ésta, dando un grito, cae desfallecida en un sillón. Esperanza, alarmada, grita también.)* ¡Ay, mi cabeza!

ESPE. ¡Tía! ¡Tía!

ESCENA II

Dichas, Don Cristóbal y en seguida *Luis.*

CRIST. *(Por la segunda izquierda.)* ¿Qué gritos son ésos? ¿Qué pasa?

ESPE. Que le han dado un pelotazo.

CRIST. ¿Quién?

PAZ. *(Recobrando sus ímpetus.)* ¿Y lo preguntas?

¿No lo supones, Cristóbal, no lo supones? Tus sobrinos, ¡tus sobrinos!, ¡¡tus sobrinos!!

ESPE. No te excites, que te pondrás peor.

CRIST. Eso es, no te excites.

PAZ. Ya estoy de ellos hasta la coronilla. Son unos bárbaros. ¡Ay, cómo me duele! Unos salvajes. ¡Ay, qué chichón! Si me dan aquí, me dejan en el sitio.

CRIST. *(Examinándole la frente.)* No es para tanto, mujer.

PAZ. ¡Defiéndelos! ¡Defiéndelos! *(Aparece por el fondo Luis, en mangas de camisa y con una raqueta en la mano. Al ver el cuadro se dirige rápidamente hacia doña Paz; pero Esperanza se aparta de su tía, y con el gesto lo detiene. Luis pregunta por señas lo que ocurre, y Esperanza se lo explica por señas también. Luis se indigna consigo mismo.)*

CRIST. Anda, ven conmigo; te pondré un poco de árnica.

PAZ. Se me va la cabeza.

CRIST. Pues vamos, antes de que se te vaya.

PAZ. Ahora no me negarás que tu sobrino es un bruto.

CRIST. *(Que ha visto a Luis.)* Algo bruto, sí. *(Con la vista pide a Luis disculpa.)*

PAZ. Un animal.

CRIST. Algo animal, sí. *(El mismo juego.)*

PAZ. Que no se presente ante mi vista, porque soy capaz de pegarle.

CRIST. *(A Luis.)* Ya lo oyes.

PAZ. ¿Eh?

CRIST. Ya lo oyes, Esperanza: como tu primo se acerque...

LUIS. *(Avanzando.)* ¡Tía, tiene usted razón!

PAZ. *(Sorprendida.)* ¿Eh?

LUIS. Soy un bruto, un animal... Haga usted de mí lo que quiera. Lamento la desgracia.

PAZ. Tú lo lamentas, ya lo sé; pero yo soy la que se lleva los golpes.

LUIS. Es la fatalidad, tía.

PAZ. ¿Tú le llamas fatalidad a un pelotazo que por poco me mata?

LUIS. Más que nunca necesito su perdón. Dentro de unos minutos me marcho, y no quiero que conserve usted de mí un recuerdo desagradable.

CRIST. El chico tiene razón.

ESPE. Perdónale, tía.

PAZ. Sea. No soy rencorosa ni vengativa. *(Luis va a abrazarla.)* ¡No, no te acerques!... Sin abrazos ni tonterías. *(Apoyándose en don Cristóbal, que se la lleva por la segunda izquierda.)* Vamos. *(Al mutis con don Cristóbal, tocándose la frente.)* ¡Ah! Se me está hinchando como un cepelín.

CRIST. ¡Pero como un cepelín de esos que atraviesan el Atlántico!

ESCENA III

Esperanza y *Luis.*

(Luis se deja caer en una butaca, con muestras de cansancio y preocupación. Esperanza, arreglando unas flores que hay sobre la mesita, lo mira con el rabillo del ojo. Pausa.)

ESPE. ¿Estás cansado?

LUIS. Rendido. Rosario me puede.

ESPE. Es incansable.

LUIS. No lo sabes bien. Parece de hierro. Qué manera de andar, y de correr, y de saltar. Es un demonio.

ESPE. Un diablillo muy bueno y muy gracioso.

LUIS. Es verdad. *(Sin sentir lo que dice.)* A mí me divierte un horror; pero me rinde, Esperanza, me rinde. No puedo más. Para terminar el partido que jugábamos, no encontré otro medio que hacer desaparecer la pelota, y lo hice con tan mala suerte, que ya ves: la pobre tía ha pagado las consecuencias. ¡Me va a tomar una tirria!...

ESPE. No lo creas: en el fondo, te quiere, como te queremos todos.

LUIS. ¿Crees tú...?

ESPE. Estoy segura. Claro que no le falta razón para estar un poquito disgustada: vuestras pequeñas locuras le hacen daño.

LUIS. La hemos dejado casi inútil, es verdad.

ESPE. No me refiero sólo al daño material; ella, amante de la tranquilidad y del orden, sufre con vuestros aturdimientos.

LUIS. Oye, Esperanza: ¿tú crees también que yo soy un alocado?

ESPE. Hombre...

LUIS. Dímelo sin reparo. A mí me gusta mucho la franqueza; muchas veces gozo cuando me riñen.

ESPE. Esa es buena señal. Pues sí, Luis, lo eres.

LUIS. Lo soy, y reconozco que lo soy: una doble desgracia. Porque lo reconozco, siempre busco a quien consultar mis decisiones, y en los contados casos en que lo encuentro, rara vez me aconsejan bien. Aquí mismo, en esta casa, tienes el ejemplo: si consulto al tío, me contesta siempre: "Sí, hombre, sí; eso está muy bien". Si pido opinión a la tía, me sermonea, me riñe y no saco nada en claro. Si tengo la mala ocurrencia de pedir consejo a Rosario, entonces... ¡la catástrofe! A mí mismo no puedo consultarme, porque yerro siempre; a los demás tampoco, porque, o me llevan la corriente o no me dicen nada de provecho, o me empujan al disparate. ¡Es horrible, prima!

ESPE. No es agradable, no.

LUIS. A ti me parece que es a la única persona de esta casa a quien no he consultado nunca.

ESPE. Si te había de dar un mal consejo, más vale así.

LUIS. ¿Tú eres capaz de aconsejar mal?

ESPE. Puedo equivocarme como todo el mundo.

LUIS. Aquí tienen mucha fe en tus decisiones; se te tiene muy en cuenta; se te consulta siempre.

ESPE. El cariño que me tienen les hace pensar en mí cuando hay que resolver alguna duda.

LUIS. Entonces, si yo no te he consultado nunca, es porque no te tengo cariño.

ESPE. No será por eso.

LUIS. Yo sé por lo que es. Ahí tienes una prueba de lo que te decía respecto a mi carácter: lo último que hago es lo primero que debía hacer. No falla nunca.

ESPE. Pues sabiéndolo, empieza por lo último.

LUIS. Desde hoy no pediré consejo a nadie más que a ti. A ti sólo preguntaré lo que debo hacer.

ESPE. Lo que debes hacer ahora es vestirte y marcharte a la estación para no perder el tren.

LUIS. Allá voy. Quedamos en que serás mi consejera.

ESPE. Y desde lejos, que es más difícil reñir.

LUIS. Es verdad. Ahora voy a Santander, después a Madrid...

ESPE. Y no volverás nunca.

LUIS. Quién sabe.

ESPE. De aquí pocos recuerdos gratos puedes llevarte. La vida en los pueblos es muy aburrida para los que vivís en las grandes poblaciones. Menos mal que encontraste aquí a Rosario.

LUIS. No me hables de Rosario, que se me ponen los pelos de punta. Le tengo pánico. Y a propósito. ¿Qué te parece a ti Rosario?

ESPE. Ya te lo diré cuando tengamos tiempo. Ahora vé a vestirte. Yo voy a ver cómo sigue la tía. Con la conversación se me fué el santo al cielo. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

LUIS. Le parecerá lo mismo que a mí. ¡Bien me he colado, bien! Lo mejor es poner tierra por medio. Y ahora que caigo: ya se me olvidó preguntarle a Esperanza si hago bien en marcharme. Como siempre.

ESCENA IV

Luis y Don Cristóbal.

LUIS. *(A don Cristóbal, que ha entrado por la segunda izquierda.)* ¿Cómo está la tía?

CRIST. Si no es nada, hombre; es que tu tía abulta las cosas.

LUIS. Esta vez ha sido el pelotazo el que las ha abultado. Yo entraría a acompañarla un poco; pero temo que le moleste mi presencia.

CRIST. No lo creas. Tu tía no tiene más que aspecto; en el fondo es más blanda que la mantequilla. Será la primera en echarte de menos.

LUIS. La primera en echarme: lo creo. Ya poco voy a molestarla. Y a propósito: ¿usted sabe a qué obedece mi viaje a Santander?

CRIST. Al telegrama que recibiste anoche.

LUIS. No, señor. Ese telegrama me lo puso un amigo, porque yo le pedí que me lo pusiera.

CRIST. Vamos, una combinación; una excusa para marcharte de nuestro lado. ¿Te aburres aquí? ¿Deseas volver a tu vida de siempre? Pues aplaudo tu decisión, chico. Haces bien. Yo, en tu lugar, haría lo mismo.

LUIS. Me marcho huyendo de mi prima.

CRIST. ¿De Rosario?

LUIS. De Rosario. Al llegar a esta casa tropecé con ella.

CRIST. Te gustó...

LUIS. Demasiado. Al día siguiente le hice el amor; al tercer día éramos novios...

CRIST. ¡Caramba, qué bien!

LUIS. Eso dije yo al tercer día; pero, ¡tío de mi alma!, al quinto día me di cuenta de que me había equivocado: Rosario no es la mujer que necesito; Rosario es una loca, y yo necesito...

CRIST. Una cuerda. Para amarrarte; porque tú tampoco estás muy bien de la cabeza.

LUIS. Lo de siempre. Me dejé llevar de la primera

impresión, y erré el camino. Y lo peor del caso es que ella me quiere con delirio.

CRIST. ¡Qué complicación!

LUIS. Mayor de lo que usted se figura. No he encontrado mejor solución que la de marcharme.

CRIST. Acertadísimo.

LUIS. Desde Santander le escribiré una carta...

CRIST. *(Interrumpiéndole.)* Dando por terminadas vuestras relaciones. ¡Estupendo! ¿Sabe ya que te vas?

LUIS. Se lo dije antes.

CRIST. Le sentaría como un tiro la noticia.

LUIS. No lo crea usted. Al parecer, no se ha afectado. Hubiera sido cursi.

CRIST. Lo que me extraña es que no te acompañe en estos momentos.

LUIS. ¡Ah, querido tío! No puede prescindir de sus ejercicios: tenía que andar sus cuatro kilómetros. ¡Ojalá no regrese hasta que yo me haya marchado!

CRIST. Chico, te pasas la vida huyendo y escribiendo cartas de ruptura. Ya te saldrán muy bien. ¿Escribiste a la otra?

LUIS. ¡Quiá! Rosarito no me ha dejado tiempo ni para escribir.

CRIST. Bueno; pues ahora, desde Santander, haces liquidación general.

LUIS. Voy a ponerme la americana, que se hace tarde.

CRIST. Aquí te espero. *(Mutis de Luis por la primera izquierda.)* ¡Demonio de sobrino! ¡Qué suerte tiene! ¡Se lo rifan!

ESCENA V

Don Cristóbal y *Esperanza*. A poco, *Rosario*.

CRIST. ¿Sigue quejándose?

ESPE. No. Le he dado aspirina, y la he dejado para que duerma un poco.

ROSA. *(Por el fondo derecha.)* ¿Se fué ya ese hombre?
CRIST. Todavía, no; pero está arreglándose para marcharse.
ROSA. ¡Cobarde! ¡Mira que no atreverse a andar cuatro kilómetros! ¿Y la tía?
ESPE. Echada.
ROSA. ¿Está enferma?
CRIST. Está... fuera de combate; la habéis dejado inválida.
ROSA. No te entiendo. ¿Qué ha pasado, Esperanza? *(Habla con Esperanza en voz baja.)*

ESCENA VI

Dichos, Luis y, luego, *Martina.*

LUIS. *(Por la primera izquierda, vestido como en el primer acto.)* Llegó la hora.
CRIST. Te acompaño a la estación.
LUIS. No, tío; no se moleste usted.
CRIST. Como quieras. Me dejas en el casino. ¿Habrá enganchado Antonio?
ESPE. Yo le dije que lo hiciera a las once en punto.
LUIS. *(A Rosario.)* Creí que no iba a poder despedirme de ti.
ROSA. Pues creíste mal.
LUIS. ¿Y la tía?
CRIST. Voy a llamarla.
LUIS. No. Iré yo a despedirme. *(Mutis por la segunda izquierda.)*
MARTI. *(Por la derecha.)* Ya está el coche.
ESPE. Pues saca la maleta.
MARTI. ¡Qué pena que se vaya tan pronto! *(Mutis por la primera izquierda, entrando en seguida con la maleta en la mano.)*
CRIST. Las despedidas siempre son tristes.
ESPE. Es verdad.
ROSA. Me parece que nos estamos poniendo un poco cursis.

ESPE. ¿Te lo parece?

ROSA. No te molestes, tonta; ya sabes que yo hablo por hablar.

LUIS. *(Por la segunda izquierda.)* ¿Qué creerán ustedes que ha hecho la tía?

CRIST. Pegarte.

LUIS. ¡Llorar!

ESPE. ¿No te dije que te quiere de veras?

LUIS. *(A Esperanza.)* Adiós, primita. Hasta la vista. No olvides lo convenido. *(A Rosario.)* Adiós, Rosario; no te digo nada.

CRIST. *(Aparte.)* Ya te lo dirá desde Santander.

LUIS. *(A Martina.)* Un abrazo, buena vieja.

MARTI. ¡Y muy fuerte, hijo de mi alma!

CRIST. Bueno, vamos, que vas a perder el tren.

ROSA. *(Que es la única que no está emocionada.)* Que no se te olvide mandarme la raqueta que me has prometido.

LUIS. *(A Esperanza.)* ¿Y tú, no quieres nada??

ESPE. Que no nos olvides.

CRIST. *(Dentro.)* ¡Luis!

LUIS. Adiós, adiós a todos. *(Aparte.)* ¡Pues no me voy con pena! *(Mutis de Luis, por la derecha. Esperanza y Rosario le despiden desde la puerta. Rosario es la primera que da por terminada la despedida. Esperanza se asoma a la puerta del jardín para ver marchar el coche.)*

ESCENA VII

Esperanza y *Rosario.*

ROSA. Chica, no es para tanto.

ESPE. ¿Qué quieres decir?

ROSA. Cualquiera diría que la novia eras tú.

ESPE. Ahora te entiendo menos.

ROSA. Yo era la que debía estar como una Magdalena, y mira: muy alegre y con las pulsaciones normales.

ESPE. ¿Te parece mal que sienta la marcha de Luis?

ROSA. Me parece que debías sentirla menos que yo.

ESPE. ¿Por qué?

ROSA. Pues verás: Luis se enamoró perdidamente de mí.

ESPE. Lo suponía.

ROSA. Y somos novios. Se puso tan pelmazo, que no tuve más remedio que decirle que sí.

ESPE. Luego eres novia suya sin quererle.

ROSA. No me negarás que el ideal es tener un novio así: guapo, distinguido, fuerte, rico...

ESPE. Que la quiera a una mucho, y que una le corresponda.

ROSA. Correspondiéndole, ya no es el novio ideal, mujer. Si yo hubiese sentido la misma pasión que Luis, ahora estaría hecha un mal de lágrimas. Como sólo lo acepté para pasar el rato, aquí me tienes tan alegre como de costumbre.

ESPE. ¿Y no sientes remordimientos?

ROSA. ¿Por qué? Si le hubiera dicho que no, se hubiera aburrido el pobre como una ostra; en cambio, así, se ha divertido mucho. Aún me tiene que estar agradecido.

ESPE. ¡Qué teoría más peregrina!

ROSA. Ahora te explicarás por qué me extrañaba tu tristeza. Si yo, que soy su novia, no pierdo la alegría, ¿cómo tú, que casi no le has tratado, te pones un poquitín melancólica?

ESPE. No lo puedo remediar. Cuando alguien se marcha de mi lado, aun siendo mi enemigo, lo siento. Soy tonta, ¿verdad?

ROSA. De capirote. Pero no merece la pena que hablemos de un asunto tan insignificante. Tengo que decirte algo de más importancia. Dentro de un momento estará aquí Manolo Zapata.

ESPE. ¿Y quién es Manolo Zapata?

ROSA. Pero ¿es posible que no conozcas a Zapata? ¿Al gran Zapata? ¿Al invencible Zapata? ¿Al glorioso Zapata?

ESPE. Pues no conozco a Zapata. Lo siento, pero no le conozco.

ROSA. Si su fotografía se ha publicado miles de veces en todos los periódicos de España.

ESPE. ¿Es algún literato eminente?

ROSA. Es mucho más.

ESPE. ¿Algún artista célebre?

ROSA. Más.

ESPE. ¿Un torero?

ROSA. Muchísimo más.

ESPE. Pues, hija, como no sea un rey...

ROSA. Todavía más.

ESPE. Por lo visto, el tal Zapata debe de ser un dios.

ROSA. Casi un dios: es... ¡futbolista!...

ESPE. ¡Acabáramos! ¡Mira que no saber yo quién era Zapata!

ROSA. Y es algo más que futbolista.

ESPE. ¿Boxeador?

ROSA. ¡También es boxeador, y alpinista, y motorista! ¡Es un bárbaro!

ESPE. No será tanto.

ROSA. Y para que acabes de asombrarte: es... ¡mi novio!

ESPE. ¿Qué dices?

ROSA. Mi novio, mi verdadero novio.

ESPE. Ya no me cabe duda: tú estás loca, Rosario. ¿Y va a venir aquí ese hombre? ¿A qué?

ROSA. A verme. ¿Te parece poco? El domingo juega en Burgos, y aprovecha la ocasión para hacerme una visita. Me extraña que no esté aquí ya.

ESPE. ¿Y tus padres saben...?

ROSA. ¡Quiá! Nuestras relaciones son secretas. Algo de película, ¿sabes? Le conocí en el Palace. Baila formidablemente. Me gustó un escándalo. Al saber que era Zapata, me chiflé. Nos hicimos novios. Cuando mi padre me trajo al pueblo, nos juramos eterno cariño, y seguimos las relaciones por cartas.

ESPE. Le juraste eterno cariño, y en cuanto Luis te declaró el suyo, olvidaste el juramento.

ROSA. No lo olvidé, porque al único que he seguido queriendo es a Manolo.

ESPE. Pero ¿tú no has pensado en que Zapata ha podido encontrarse con Luis? Ambos novios tuyos...

ROSA. Y ambos locos por mí.

ESPE. Razón de más para que hubiera estallado un grave conflicto entre ellos.

ROSA. ¡Me hubiera gustado tanto verlos frente a frente!

ESPE. ¡Qué locura, Dios mío!

ROSA. Los dos guapos, fuertes, peleándose por mí...

ESPE. Y tú, tan fresca.

ROSA. No, chica: emocionadísima; pero las emociones fuertes son estupendas. La inesperada marcha de Luis ha malogrado mis deseos.

ESPE. A Dios gracias. Ahora me alegro de que se haya marchado.

ROSA. Y yo, lo siento. Manolo vendrá a esta casa en plan de amigo. No quiero que se presente en la mía, porque mamá no le puede ver ni en pintura. Creo que estaba algo escamada.

ESPE. Y con razón.

ROSA. ¡Como nos timábamos tanto!... Te lo presentaré en cuanto llegue, y a los tíos también.

ESPE. ¡Pobre tía! En cuanto se entere de que tu novio...

ROSA. Mi amigo, mi amigo; aquí no será más que mi amigo.

ESPE. Bueno. En cuanto se entere de que tu amigo es deportista, se nos muere de la impresión.

ESCENA VIII

Dichas y Martina.

MARTI. *(Por la derecha.)* Rosario, un señorito pregunta por ti.

ROSA. *(Jubilosa.)* ¡Ya está ahí! ¡Manolo! ¡Es Manolo!

MARTI. Será Manolo. Cuando tú lo dices...

ROSA. Que entre. *(Mutis Martina.)* Ya verás. Esperanza, ya verás qué hombre.

ESCENA IX

Esperanza, Rosario y Manolo Zapata.

(Aparece éste por la derecha. Tipo de pollo "bien" injertado en "sportman". Se dirige rápidamente a Rosario, sin reparar en Esperanza. El encuentro es muy efusivo.)

ROSA. ¡Manolo!

MANO. ¡Chica!

ROSA. *(Tocándole los brazos.)* ¡Estás enorme!

MANO. *(Lo mismo.)* ¡Y tú, bestial!

ROSA. ¿Por fin es el domingo el partido?

MANO. Sí. Les vamos a dar un baño.

ROSA. Me alegraré una burrada.

MANO. Y yo otra burrada.

ESPE. *(Aparte.)* Que son dos burradas.

ROSA. *(A Esperanza.)* Perdona, chica. Con la efusión de nuestro cariño, te había olvidado. *(Presentando.)* Mi prima Esperanza, Manolo Zapata.

MANO. *(Dándole la mano.)* Mucho gusto.

ESPE. Igualmente.

MANO. Muy guapa, pero algo endeble. Se conoce que hace usted poco ejercicio.

ROSA. Es poco amiga de los deportes.

MANO. Pues pierde usted el tiempo.

ESPE. Tal vez.

MANO. Mírese usted en nuestro espejo. Tanto Rosario como yo, somos capaces de derribar un buey de un puñetazo.

ESPE. Lo siento por el buey.

ROSA. Hacemos una caminata de treinta kilómetros, y nos quedamos tan frescos.

ESPE. Yo, hasta ahora, no me he visto en la precisión de andar tanto.

MANO. Y nos saltamos una tapia de tres metros como quien se bebe un vaso de agua.

ESPE. Me doy por vencida. Soy una mujer inútil. Yo sólo sé coser un poco, guisar otro poco...

MANO. Cosas que no sirven para nada. ¿No hay costureras y cocineras en el mundo?

ESPE. Del mismo modo que hay armas para defenderse de los bueyes, suponiendo que esos animalitos se sientan ofensivos; coches para correr cómodamente treinta kilómetros, y puertas para no tener que saltar las tapias.

ROSA. *(Viendo entrar a doña Paz.)* Mi tía.

ESCENA X

Dichos y Doña Paz.

PAZ. *(Por la segunda izquierda. Trae la frente vendada.)* Buenas tardes.

MANO. Muy buenas.

ROSA. *(Presentando.)* Mi tía... Manolo Zapata.

MANO. Señora...

PAZ. Caballero...

ROSA. Es un amigo mío de Madrid. No sabes, tía, no sabes a quién tienes en tu casa.

ESPE. *(Aparte.)* En cuanto lo sepa, se desmaya.

ROSA. Nada menos que a Manolo Zapata: una gloria nacional.

MANO. *(Modesto.)* No tanto...

PAZ. *(Aparte.)* ¿Qué será este hombre?

ROSA. Su fama ha traspasado las fronteras. En Francia, en Inglaterra, en Checoeslovaquia, es tan popular como aquí.

PAZ. *(Por decir algo.)* Sí..., sí... Ya he leído sus triunfos.

MANO. Rosario exagera.

PAZ. No, no; no hay exageración; todos sabemos... *(Aparte.)* ¿Qué será lo que sabemos todos?

ROSA. Es un hacha.

PAZ. *(Aparte.)* Ya sabemos lo que es: un hacha.

ROSA. Un fenómeno, un as...

PAZ. Y ahora..., ¿a qué clase de trabajos se dedica usted?

ESPE. A los mismos de siempre, tía.

MANO. Claro. A los mismos.

PAZ. ¡Claro!

MANO. Pero ya no soy capitán.

PAZ. Habrá usted ascendido.

MANO. Ahora soy portero.

PAZ. *(Extrañadísima.)* ¿Portero? *(Aparte.)* ¡Un portero célebre! ¿Será San Pedro? *(Alto.)* Pero siéntese usted... Está usted en su casa. Basta que sea usted amigo de Rosario...

MANO. Muchas gracias, señora.

PAZ. Usted perdonará que me haya presentado hecha un adefesio. Mi sobrina Rosario y su primo me han puesto en este estado.

ROSA. *(Riendo.)* Chico, fué graciosísimo. Cuando te lo cuente te vas a tirar.

PAZ. ¿Por dónde?

ROSA. Que se va a tirar de risa.

PAZ. ¡Ah! Quedamos en que el lance fué graciosísimo. Yo siempre he odiado los juegos de manos y de pies. No me refiero a los juegos de prestidigitación, que también se llaman de manos, sino al "tennis", a la pelota... Usted me entiende. Pues ahora les tengo odio y pánico. Son juegos de salvajes...

ESPE. *(Dándole con el codo.)* Tía...

PAZ. *(Sin hacer caso.)* ¿No opina usted como yo? El deportista es el ser más animal de la creación...

ESPE. ¡Tía!...

ROSA. ¡Por Dios, tía!... ¡Que estás hablando con el primer portero de España!...

PAZ. ¿Es que se va a ofender por lo que digo el honorable gremio de porteros? *(Ríen todos.)*

ESPE. No es el portero que tú te figuras.

ROSA. Es el portero del mejor equipo de fútbol de la península.

ESPE. Y además, boxeador, alpinista y motorista.

PAZ. *(Aparte.)* ¡Dios nos asista! *(Alto.)* Usted perdone, caballero...

MANO. De nada, señora...

ESCENA XI

Dichos y Don Cristóbal.

CRIST. *(Por la derecha.)* ¡Hola! *(Al ver a Manolo le saluda con una inclinación de cabeza.)*
ROSA. Ven acá, tío. Te presento a mi amigo Manolo Zapata.
PAZ. El mejor portero...
MANO. De fútbol, ¿eh?
CRIST. Tanto gusto. *(Le da la mano.)*
MANO. El gusto es mío.
PAZ. Además de portero, es boxeador, alpinista y motorista. ¡Un hacha!
CRIST. Muy bien, hombre, muy bien. Se ve que es un muchacho a la moderna. Como debe ser. *(Queriendo recordar.)* Zapata..., Zapata... ¿Es usted pariente de don Emilio Zapata y Mir?
MANO. Mucho. Es mi padre.
CRIST. Pero, hombre, si somos muy amigos. Estudiamos juntos. ¿Y cómo está Emilio?
MANO. Cada día más fuerte.
CRIST. ¡Caramba! ¡Cuánto me alegro! Y qué, ¿viene usted por mucho tiempo?
MANO. Hasta pasado mañana, que juego en Burgos. Tenía ganas de conocer este pueblo, del que tanto me había hablado Rosario.
CRIST. Muy bien, hombre, muy bien. Y ha venido usted a dar una vueltecita, ¿eh?
PAZ. *(A Esperanza.)* Si no es nada más que a eso...
CRIST. Pues basta que sea usted hijo de Emilio, para que yo no le deje salir de aquí...
PAZ. ¿A que nos lo mete en casa?
CRIST. Por lo pronto, almorzará usted con nosotros, y en seguida mandaremos a la fonda por su equipaje.
PAZ. ¡Lo metió!
MANO. Yo...
CRIST. Usted se queda con nosotros, ¡qué caramba! Oye, Paz: le daremos la habitación de Luis ¿no te parece?

PAZ. *(Resignada.)* Como quieras.

ROSA. *(A Manolo.)* ¡Qué alegría!

MANO. *(A Rosario.)* ¡Colosal!

ESPE. *(A doña Paz.)* No te apures, tía. Este se irá pronto.

PAZ. Con tal de que no me lleve por delante.

CRIST. ¿Os parece que pasemos al comedor?

ROSA. Andando. *(Hacen mutis. Delánte, don Cristóba, Rosario y Manolo, por la segunda izquierda.)*

PAZ. *(Aparte, a Esperanza.)* Esperanza, hija, vé encargando la caja, porque de ésta..., ¡me entierran! *(Mutis de ambos por el mismo sitio que los demás.)*

ESCENA XII

Luis. Luego, *Esperanza.*

(Aparece Luis por el foro derecha, presuroso y agitadísimo. Se asoma a la puerta de la derecha; luego se dirige a la segunda izquierda; se detiene, y va a la primera del mismo lado; pero desiste también, y vuelve al centro de la escena; gesticula como discutiendo consigo mismo; luego se recomienda serenidad; se sienta, y, tranquilizándose un poco, se apoya en la mesa y reflexiona, como buscando una solución; su rostro se anima; vuelve a levantarse, y va a salir por donde vino; pero al llegar a la puerta se le ocurre algo que contradice a lo que ha resuelto, y vuelve a oscurecerse su semblante; se cruza de brazos y queda otra vez meditabundo y perplejo.)

ESPE. *(Aparece por donde se fué, y se sobresalta al ver a su primo.)* ¡Luis!

LUIS. ¡Eh! ¿Qué pasa?

ESPE. Eso digo yo. ¿Qué pasa? ¿Cómo estás aquí?

LUIS. Esperanza, estoy perdido.

ESPE. ¿Qué te ocurre? ¿Llegaste tarde a la estación?

LUIS. Llegué a tiempo. Pero la he visto. Está ahí.
ESPE. ¿Quién?
LUIS. La Trini... Una mujer que... Pero... tú no debes oír estas cosas.
ESPE. Está bien. Pronto has olvidado que yo iba a ser tu consejera.
LUIS. Tienes razón. Al fin y al cabo, tú eres una mujer que sabe hacerse cargo. Oyeme...
ESPE. Di lo que sea, pero de prisa.
LUIS. Por razones que ya te explicaré más despacio, huyo de esa mujer; pero, por lo visto, ella me persigue. Al llegar el tren la vi bajar de un vagón... No cabe duda: me busca. Por eso, al ver a Trini apearse del tren que yo iba a tomar, me quedé en tierra, temiendo que si venía a esta casa y no me encontraba diera un escándalo; por eso salí corriendo y no paré hasta llegar aquí. Creo que no me ha visto.
ESPE. Buena manera de evitar el escándalo. Debiste hablarle, parar el golpe...
LUIS. Es verdad... Voy... *(Disponiéndose a salir.)*
ESPE. *(Deteniéndole.)* Ya, no. Podéis cruzaros en el camino...
LUIS. Entonces, ¿qué hago?... ¿Esperarla aquí?
ESPE. Aquí, tampoco.
LUIS. ¿En mi cuarto?
ESPE. Menos aún.
LUIS. ¿Entonces?...
ESPE. ¿Te ha visto entrar alguien?
LUIS. Nadie.
ESPE. Entonces ahora mismo te vas a la cochera.
LUIS. Y cojo el coche... Pero ¡si está hecho cisco!
ESPE. No te precipites, y haz lo que te digo. Te vas a la cochera y te escondes en el coche.
LUIS. ¿Y qué hago dentro del coche?
ESPE. Esperar. Y no te muevas de allí hasta que yo vaya. *(Aparte.)* Hay que evitar que se encuentre con Manolo, porque Rosario es capaz de...
CRIST. *(Dentro.)* Pero, Esperanza, ¿no vienes?
ESPE. Voy... Oye: ¿y si se lo contases todo al tío?

LUIS. ¡Pero si el tío Cristóbal está al tanto de todo!

ESPE. ¿De todo?

LUIS. De todo hasta el momento de mi marcha.

ESPE. Entonces él puede ayudarnos a ocultar a la tía lo que pasa si viene esa mujer.

LUIS. Muy bien.

ESPE. Y como no conviene que nadie sepa que estás aquí, tú te escondes en la cochera hasta que yo te llame.

LUIS. ¿Para qué? ¿Qué inconveniente hay en que me vean?

ESPE. Ya lo sabrás. ¿Tú tienes confianza en mí?

LUIS. Confianza ciega. A tu lado se siente uno seguro. Lo que tú dirijas no puede salir nunca mal. ¡Si fuera así Rosario! ¡Ah! Si ella hubiera sido como tú, no huiría de ella.

ESPE. Pues yo creí...

LUIS. Y yo también lo creía; pero me equivoqué. ¡Como siempre! ¡Es que no doy una! Nunca haré más que desatinos, si no tengo junto a mí alguien que los evite, que me advierta, que me guíe... ¡Qué feliz sería yo si tuviese siempre a mi lado una mujer como...! *(Se detiene mirando fijamente a Esperanza, que baja los ojos azorada.)* Esperanza... *(Esperanza le mira.)* ¿Quieres ser tú esa mujer?

ESPE. ¿Yo?

LUIS. Tú, sí, tú: la única que puede serlo, la única que puede evitar que mi vida sea una serie interminable de disparates. ¿Qué me contestas?

ESPE. *(Disimulando su emoción.)* Luis...

LUIS. *(Dejándose llevar de su inmoderado entusiasmo.)* ¿No me rechazas? ¿Accedes? ¿Me quieres? ¡Bendita seas! En cuanto vengan los tíos les pido tu mano. La semana que viene están listos los papeles. Dentro de quince días nos casamos.

ESPE. ¡Eh! ¡Eh!... No te dispares, que aún no te he contestado yo.

LUIS. *(Cayendo en un abatimiento exagerado.)* ¿Cómo? ¿Te niegas? ¿No me quieres? ¡Claro!

¿Cómo has de quererme? Soy un aturdido, un atolondrado..., no te merezco.

ESPE. Pára..., pára... No desatines. Reflexiona, y si después de reflexionar sigues pensando igual..., veremos.

LUIS. *(Acercándose mucho a ella, y tomándole una mano.)* ¡Esperanza!

ESPE. *(Sin separarse.)* Suelta... y vete a la cochera. *(Aparece por la izquierda doña Paz, que se queda de una pieza al ver a Luis, y al verlo en semejante situación. Ellos no la ven.)*

LUIS. *(Queriendo abrazar a Esperanza.)* ¿No me dices siquiera?...

ESPE. ¡Quita! ¡Quita! Vete, vete a la cochera, a la cochera. *(Huyendo de él, se va rápidamente por el foro izquierda. Luis se queda en la puerta viéndola marchar. A poco sonríe, contestando a un saludo de ella; da un suspiro de satisfacción y, tarareando una alegre musiquilla, se vuelve, encontrándose cara a cara con doña Paz.)*

ESCENA XIII

Luis y Doña Paz.

LUIS. ¡Tía!

PAZ. ¡Sobrino! ¿Tú aquí? ¿Qué es esto?

LUIS. *(Abrazándola.)* ¡Esto es que soy el hombre más feliz del mundo, tía de mi alma!

PAZ. Pero...

LUIS. No me diga usted nada. Me explico su sorpresa. Usted dirá: ¿qué hace aquí mi sobrino?

PAZ. Lo que haces ya lo sé.

LUIS. ¿Cómo? ¿Sabe usted lo que tengo entre manos?

PAZ. Lo que tienes ahora, no; pero lo que tenías hace un momento...

LUIS. ¿Y usted cree que Esperanza?...

PAZ. ¿Que Esperanza qué...?

LUIS. Vamos, que si Esperanza me quiere.

PAZ. Pregúntaselo a ella.

LUIS. Ya se lo he preguntado y no me ha dicho que no.

PAZ. Pues entonces...

LUIS. Si usted estuviera en el lugar de Esperanza, ¿qué me diría?

PAZ. Hombre, no sé. Esa misma pregunta se la haces al obispo de Cuenca, y te contestará lo mismo que yo: no sé. ¿Y cómo te ha entrado ese amor tan de pronto?

LUIS. ¿No sabe usted que desde que llegué a esta casa la quiero sin saberlo?

PAZ. Si tú no lo sabías, ¿cómo quieres que lo supiera yo? ¡Ay, sobrino! Me parece que vamos a tener que encerrarte.

LUIS. No es preciso que me encierren. Me encerraré yo solo. Ahora mismo.

PAZ. ¿Dónde vas?

LUIS. ¡A la cochera! Me lo ha mandado Esperanza, y yo obedezco a Esperanza por encima de todo. *(Con misterio.)* Usted no me ha visto. Yo no estoy aquí, ¿sabe usted? *(Bajando la voz y haciendo mutis lentamente, por la derecha.)* Voy en el tren..., pero estoy en la cochera... Me lo ha mandado Esperanza. ¡A la cochera!

PAZ. ¡Al manicomio!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. Por la tarde.

ESCENA I

Cristóbal, y, luego, *Martina* y *Trini*.

CRIST. *(Por el foro derecha.)* Esperanza, Esperanza. Pero ¿dónde se ha metido esta chica?

MARTI. *(Por la derecha.)* Señor, una señora pregunta por usted y dice que quiere verle.
CRIST. ¿Quién es?
MARTI. No sé; es forastera.
CRIST. ¿Forastera? Que pase.
MARTI. Pase usted, señora. *(Mutis.)*

ESCENA II

Don Cristóbal y *Trini.*

TRINI. *(Entrando.)* Con permiso.
CRIST. Usted lo tiene. Siéntese, señora. Usted me dirá el objeto de su visita.
TRINI. Mire usted, caballero, y digo caballero porque a primera vista me lo parece.
CRIST. A primera vista y a ocho días vista. Continúe usted.
TRINI. Yo he visto hacer "La Dama de las Camelias" a Catalina Bárcena.
CRIST. Y yo "Don Juan Tenorio" a Díaz de Mendoza.
TRINI. No es por "ahí". Usted toma a chunga lo de la dama, porque cree que lo digo por decir.
CRIST. Señorita, yo...
TRINI. Y, a primera vista, puede que tenga usted razón; pero si me sigue usted escuchando, verá que lo digo con retintín. Bueno. Pues se la vi a la Bárcena, y lloré como una descosida; pero una cosa es el teatro, y otra la vida. Con esto quiero decirle a usted que no estoy dispuesta a que me haga usted la escenita para convencerme de que debo dejar el campo libre a su sobrina para que se case con ese fresco, mientras que yo me pongo tísica. ¿Está esto claro?
CRIST. *(Sorprendido.)* ¿Usted es...?
TRINI. Trini, la Clara, para lo que usted guste mandar.
CRIST. *(Aparte.)* ¡Demonio! *(Alto.)* ¿Y viene usted a...?
TRINI. Si ese canalla me abandona, ya puede ir rezando el credo.

CRIST. *(Aparte.)* ¡Repilatos!

TRINI. O llama usted a ése, o armo aquí una de no te menees. *(Va a levantarse.)*

CRIST. *(Deteniéndola.)* ¡No te menees! ¡Digo, no se menee usted!

TRINI. Yo sé, me consta, que mi novio está aquí. Y me lo llevo. ¡Vaya si me lo llevo!

CRIST. *(Fingiendo indignación.)* ¡Su novio! ¡Y pretendía casarse con mi sobrina! ¡Ah, canalla! Pues bien, señora: ese hombre no se casará con mi sobrina. ¡Se lo juro a usted por la salud de mis hijos! *(Empujándola hacia la puerta.)* Márchese tranquila.

TRINI. ¿Sin él? ¡Qué gracioso!

CRIST. Pues con él no puede ser ahora.

TRINI. ¿Por qué?

CRIST. Porque en este momento va camino de Santander.

TRINI. ¿De veras? A ver si ahora resulta que El Sardinero está al otro lado de la tapia.

CRIST. ¿Qué quiere usted decir?

TRINI. Que al entrar le he visto.

CRIST. Imposible.

TRINI. Le he visto en el jardín. A lo lejos, pero en el jardín. Y si no le he dado el mitin, ha sido porque antes quería hablar con usted.

CRIST. ¡Pero si no es posible! ¡Si le he visto yo marchar, señora!

TRINI. Si quiere usted convencerse, vamos a buscarlo.

CRIST. Espere usted. A mí no me cabe duda respecto a su marcha; pero como nada hay imposible en este mundo, bien pudiera haber regresado. Y si el mozo se encuentra en esta casa, usted se lo lleva, ¡vaya si se lo lleva! Pero antes voy a rogarle a usted una cosa.

TRINI. Usted dirá.

CRIST. Mi mujer no sabe nada de esto, y mi sobrina, tampoco. ¡Buen disgusto se van a llevar las pobres cuando sepan...! ¡Si usted, movida por su pasión, arma aquí un escándalo, el disgusto de mi familia no va a tener nombre!

TRINI. Ni una palabra más. A mí, cuando me piden las cosas por las buenas...

CRIST. Yo no se las pido por las buenas, sino por las buenísimas.

TRINI. Me hago cargo.

CRIST. Le ruego que disimule, aun en presencia de él; que procure usted que nadie en esta casa se dé cuenta de las relaciones de usted con mi sobrino.

TRINI. Con el que era su futuro sobrino.

CRIST. Como usted quiera. Yo se lo agradeceré infinito, y contará usted con mi ayuda.

ESCENA III

Dichos y Doña Paz.

PAZ. *(Por la segunda izquerda.)* Cristóbal.

CRIST. *(Aparte, a Trini.)* ¡Disimule usted, por Dios, y sígame la corriente! *(A Paz.)* A tiempo llegas. Precisamente ahora mismo iba yo a avisarte. *(A Trini.)* ¿Verdad?

TRINI. Verdad.

CRIST. *(Presentando.)* Mi señora. Una señora..., vamos, otra señora... que deseaba conocer a mi señora. *(Aparte.)* ¿A que voy a meter la pata ahora?

TRINI. Tanto gusto. *(Le da la mano.)*

PAZ. El gusto es mío.

CRIST. El gusto es de todos, ¡caramba!, de todos. ¡Como debe ser! Pues esta señora venía a ver... a... a Zapata. Eso es: a Zapata.

PAZ. Muy bien.

CRIST. *(Aparte.)* Yo le cargo el mochuelo a Zapata. *(Alto.)* Es una amiga suya.

TRINI. Muy amiga.

PAZ. ¡Qué lástima! Si llega usted un momento antes, le encuentra en casa.

CRIST. ¿Ha salido?

PAZ. Hace cinco minutos.

CRIST. *(Aparte.)* ¡Respiro!

PAZ. Si quiere usted esperarle...

CRIST. No, no... Es decir, sí, sí... *(A Trini.)* Venga usted conmigo. Le esperaremos en el jardín. *(Aparte.)* A ver si la convenzo de que se vaya.

TRINI. Vamos adonde usted quiera. *(Aparte, a don Cristóbal.)* Pero conste que no me voy sin verle.

PAZ. Usted perdonará que no les acompañe; pero...

CRIST. Nada, mujer, nada... Yo le haré los honores.

TRINI. Hasta luego, señora.

PAZ. Hasta luego.

CRIST. *(Haciendo mutis con Trini, por la derecha.)* ¿Cómo le digo yo ahora a Manolo que le he metido en este lío?

PAZ. En resumidas cuentas, no sé quién es esta señora; pero me da mala espina. Usa un perfume... *(Oliéndose la mano.)* ¡Uf! Voy a lavarme las manos. *(Mutis por la segunda izquierda.)*

ESCENA IV

Esperanza y *Rosario.*

ESPE. *(Por el foro izquierda.)* Sí, hija, sí. Manolo será de toda tu confianza; pero hay cosas que sólo te importan a ti.

ROSA. Bien. Acaba de decirme lo que sea, que me tienes impaciente.

ESPE. Pero antes, prométeme que has de guardar el secreto.

ROSA. Te lo prometo.

ESPE. Pues bien: nuestro primo Luis no está en Santander.

ROSA. ¡Claro! Aún no habrá llegado.

ESPE. Es que no se ha marchado. Está aquí.

ROSA. ¿Está aquí? ¡Formidable! ¡La de puñetazos que se van a dar él y Manolo!

ESPE. ¿Lo ves? Para evitar cualquier imprudencia

tuya es por lo que he querido que hablemos.

ROSA. ¡Ah, vamos, tú no quieres que Manolo pegue a Luis!

ESPE. Ni tampoco lo contrario, que no deja de ser probable.

ROSA. Pero tú por quien te interesas es por Luis.

ESPE. Aunque así fuese, no tendría nada de extraño. Al fin y al cabo, es nuestro primo.

ROSA. Dale gracias a Dios de que Luis me importa un rábano; porque si me llega a importar y me doy cuenta de ese interés tan marcado que demuestras por él..., ¡la caraba en moto! Vamos, que juego contigo al fútbol y hago gol.

ESPE. ¡Rosario!

ROSA. ¡Tonta! ¿No ves que hablo en broma? Ahora mismo hablo yo con Luis, y le digo: "Luis, yo no te quiero; pero hay otra mujer que está loca por ti".

ESPE. ¡Por Dios, Rosario!

ROSA. ¡Déjate de remilgos! Y sigo diciéndole: "O te casas con ella, o le digo a Manolo que eres mi novio y te da pa el pelo".

ESPE. Y me pones en ridículo, y se pegan, y... Vamos, Rosario, eso no es lo convenido.

ROSA. Tienes razón. Seré prudente, prudentísima. Le diré esto otro: "Luis, nuestros tíos están escamados, y yo no quiero que se enteren de nuestros amores. Júrame que, mientras estés en esta casa, no has de hacer nada que justifique la escama: no vayas a hacer el besugo."

ESPE. Te lo jurará en seguida.

ROSA. Lo dudo, porque está loco por mí. Pero ¿dónde está?

ESPE. Se escondió en la cochera, siguiendo mi consejo.

ROSA. Pues allá voy. ¿Tú no vienes?

ESPE. *(Iniciando el mutis por la segunda izquierda.)* No. Dile de mi parte que puede salir, y nada más.

ROSA. Se lo diré. *(Se va por la derecha. Esperanza también hace mutis por el foro izquierda.)*

ESCENA V

Don Cristóbal. A poco, *Doña Paz.*

CRIST. *(Entra por el foro derecha. Se deja caer en un sillón.)* ¡Gracias a Dios!.. Creí que no se marchaba. Lo malo es que volverá... Si yo pudiera hablar con Manolo...

PAZ. *(Por la segunda izquierda.)* ¿Estás solo, Cristóbal?

CRIST. Sí. Esa señora se marchó, cansada de esperar... Pero piensa volver...

PAZ. A mí esa dama no me parece muy dama.

CRIST. ¿Por qué lo dices?

PAZ. Tiene un tufillo...

CRIST. ¿Tufillo, mujer, y huele divinamente?

PAZ. Precisamente ese exceso de perfume es lo que me choca... No sé por qué me parece que es una mujer de esas... que se dan brillo hasta en las uñas de los pies y se depilan hasta el cogote... Vamos, de condición poco limpia... Me temo que sea un lío de Zapata.

CRIST. Oye: puede que tengas razón.

PAZ. Yo creo que esa señora es, por lo menos, supertanga, que de lo menos, es lo más que se puede ser.

CRIST. Chica, juegas el idioma admirablemente.

PAZ. Y siempre doy en el clavo. Soy un hacha.

CRIST. En todo caso, un martillo. Ahora que dices eso caigo en algunos detalles. Ese exagerado interés en ver a Manolo... Esa desenvoltura...

PAZ. A mí no me ha engañado. Y que fuese eso, lo otro o lo de más allá, no tendría importancia; pero si esa mujer es la amante de Manolo Zapata, vamos a tener jaleo.

CRIST. *(Aparte.)* No lo sabes tú muy bien. *(Alto.)* ¿Tú crees...?

PAZ. Y gordo. ¡Estos deportistas!... Tú, como siempre estás en la higuera, no sabes nada...

CRIST. Es posible.

PAZ. Pues has de saber que tu sobrina Rosario está locamente enamorada.

CRIST. *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! Conque en la higuera, ¿eh? Pues has de saber que yo sé lo que tú sabes antes de que tú supieras lo que yo sé. ¡A mí no me achicas tú en esto de jugar el idioma! Rosario está enamorada de Luis, ¿no es eso?

PAZ. Sí que estás enterado. A quien adora Rosario es a Zapata.

CRIST. ¡Zapateta! ¿Luego Luis?... *(Aparte.)* ¡Esa chica es una supertanga!

PAZ. Lo de Luis también es otro jaleo.

CRIST. *(Alarmado.)* ¿Cómo? *(Aparte.)* ¿Se habrá enterado?

PAZ. Luis por quien bebe los vientos es por Esperanza.

CRIST. ¡Atiza! ¿Por Esperanza? ¡Me dejas atónito!... ¿Y ella?...

PAZ. Loca por Luis; pero lo disimula. El que no puede disimular que está loco, es él... Pero loco de veras..., perturbado...

CRIST. Todo eso serán suposiciones tuyas.

PAZ. ¿Qué han de serlo? He sorprendido un coloquio entre Rosario y Manolo. Se decían unas cosas brutales, y se comían con los ojos.

CRIST. Y tú les interrumpiste el banquete. Bien hecho. Y si esa señora es lo que suponemos, me va a oír Zapata. Como estas situaciones hay que aclararlas pronto, vé a ver si ha vuelto, y mándamelo.

PAZ. *(Asombrada de la energía de su marido.)* Así me gusta. Nunca te había visto tan enérgico.

CRIST. Porque no malgasto mi energía. Recurro a ella sólo cuando es preciso.

PAZ. *(Haciendo mutis por el fondo derecha.)* ¡Como debe ser!

ESCENA VI

Don Cristóbal. A poco, *Manolo Zapata.*

CRIST. Me parece que por querer solucionar el conflicto lo he complicado más. ¿Quién me mandaría a mí atribuirle a Zapata la socia de Luis? Si sigo por este camino, dejo a Rosario sin novio, y si no sigo, la que se queda sin novio es Esperanza. ¡Caray! ¡Y Esperanza es como si fuera mi hija! Si pudiera conseguir arreglarlo todo sin perjudicar a nadie. Lo mejor es hablar con Manolo. Y si él me ayuda...

MANO. *(Por el fondo derecha.)* ¿Me llamaba usted?

CRIST. Sí, señor... ¿Conque ésas tenemos? ¿Conque venía usted al pueblo nada más que para conocerlo, ¿eh? Buen punto está usted, amiguito.

MANO. Don Cristóbal..., no comprendo.

CRIST. No se haga usted el tonto. ¿Cree usted que yo me chupo el dedo? Pues no, señor. Estoy enterado de todo.

MANO. ¿Sabe usted...?

CRIST. Sé que como se entere mi cuñada de que está usted aquí, llama a su marido y le ponen a usted en la puerta, que es donde deben estar los porteros.

MANO. *(Asustadísimo.)* Pero usted no dirá nada.

CRIST. No tenga usted miedo, hombre. Yo me hago cargo de las cosas. Entre muchachos es cosa muy natural. ¿Que Rosario le quiere a usted? Perfectamente. ¿Que usted quiere a Rosario? Como debe ser.

MANO. ¿De modo que usted ampara nuestros amores?

CRIST. De eso es de lo que tenemos que hablar despacio. Siéntese usted. ¿Usted cree que mi apoyo le puede ser útil?

MANO. ¿Cómo útil? Definitivo. Conozco el ascendiente que tiene usted sobre su hermano y sé que el padre de Rosario hará lo que usted aconseje.

CRIST. ¿Y de qué sería usted capaz para conseguir mi apoyo?

MANO. De todo.

CRIST. Vamos a verlo. Yo estoy decidido a ayudarle a usted, si usted me hace un favor de esos que no se olvidan nunca.

MANO. Si no es más que eso... Diga usted lo que desea de mí.

CRIST. Pues verá usted: yo quería... El caso es que yo..., contando con su benevolencia..., me he anticipado a su consentimiento.

MANO. Muy bien hecho. Eso me demuestra que confía usted en mi amistad.

CRIST. Muchas gracias, Manolo. Bien mirado, la cosa no tiene importancia... Es una cosa que se ve todos los días.

MANO. Como usted no se explique...

CRIST. Pues allá va. *(Confidencialmente.)* A esta casa ha venido una mujer buscando a un hombre. Y como ese hombre no se puede dar por enterado en esta casa de que esa mujer lo busca, ¿comprende usted?...

MANO. Perfectamente.

CRIST. Yo, contando con la bondad de usted, he dicho a todos que es a usted a quien busca.

MANO. ¡Caramba, don Cristóbal! Si se entera Rosario...

CRIST. Yo me encargo de que no se entere. Y ése era el favor que quería de usted: que siga la comedia delante de todos, incluso de la interesada.

MANO. Comprenderá usted que la situación no puede ser más absurda...

CRIST. Un poco vodevilesca.

MANO. Esa mujer no me conoce, y aun cuando yo afirme...

CRIST. Es que ella ya está aleccionada, y también dirá que viene por usted. Usted dice que sí, y en paz. Ya ve usted que no se trata de nada difícil.

MANO. Sí, es cierto; pero el asunto puede causarme graves complicaciones.

CRIST. Ninguna. Porque en el momento en que usted se viera comprometido, yo descubriría la verdad. Creo que no me negará usted este pequeño servicio, a cambio de la felicidad que yo voy a darle con mi apoyo.

MANO. Tiene usted razón. Haré lo que usted quiera.

CRIST. Gracias, Manolo. Usted se casará con Rosario.

MANO. En usted confío.

CRIST. *(Marchándose por el foro derecha, aparte.)* Con éste ya no hay cuidado. Si la otra no me estropea el plan...

MANO. Para que se fíe uno de estos viejos de los pueblos. ¡Menudo punto está hecho el tal don Cristóbal!

ESCENA VII

Manolo, Rosario y Luis.

(Manolo se va a marchar por la derecha, y tropieza con Luis, que entra seguido de Rosario. Al tropezar se miran.)

LUIS. ¿Cómo?

MANO. *(Asustado.)* ¡¡Usted!!

ROSA. ¡Ah! Pero ¿os conocéis?

MANO. *(Azorado.)* Sí... Somos antiguos conocidos.

LUIS. *(Con intención.)* Nos conocemos, sí. ¿Cómo está usted...?

MANO. Muy bien...

LUIS. Digo que ¿cómo está usted aquí?... *(Aparte, a Manolo.)* Es preciso que me explique usted...

MANO. Rosario, este señor y yo tenemos que hablar... ¿Quieres dejarnos solos un momento?

ROSA. *(Mirando alternativamente a Luis y a Manolo, y extrañada de la actitud de ambos.)* ¿Pasa algo?

MANO. Nada...
LUIS. Todavía, no.
ROSA. Pero ¿es que...?
LUIS. Vete. Haz el favor.
ROSA. Bueno. *(Al mutis por la izquierda.)* Estos se van a pegar. Yo voy en busca de Esperanza para que vea que yo no he tenido la culpa.

ESCENA VIII

Manolo y *Luis.* A poco, *Esperanza* y *Rosario.*

LUIS. Ya puede usted hablar. ¿Quiere usted explicarme...?
MANO. Ante todo le suplico a usted que me escuche con calma. Usted... tiene de mí una idea...
LUIS. Déjese usted de rodeos y dígame claramente qué es lo que hace usted en esta casa; en casa de mis tíos.
MANO. ¡Ah!, ¿pero usted es sobrino de don Cristóbal? Entonces más que nunca le ruego que olvide lo pasado. Yo he venido aquí exclusivamente para hablar con su tío de usted, porque quiero casarme con su prima.
LUIS. *(Más que sorprendido.)* ¿Eh?
MANO. Y don Cristóbal, que la quiere como si fuera su hija, usted lo sabe, me ha dado su aprobación...
LUIS. ¿Y ella? *(Anhelante. En este momento aparecen detrás de la ventana del fondo Esperanza y Rosario, que escuchan desde allí.)*
MANO. Ella me corresponde.
LUIS. ¿Se lo ha dicho a usted?
MANO. Infinitas veces.
LUIS. *(Abatido, se deja caer en un sillón. Aparte.)* ¡Y yo que pensé...! ¡Claro! ¡Por eso quería tenerme encerrado! ¡Esperanza es mil veces peor que Rosario!
MANO. ¿Le contraría a usted?
LUIS. Nada de eso. Nuestro encuentro ha sido pro-

videncial; y no sospecha usted el favor que me ha hecho.

MANO. Sin embargo, parece que mis palabras...

LUIS. Sus palabras me han hecho ver el engaño en que vivía. Esa mujer me había hecho concebir esperanzas.

MANO. ¿Cómo? ¿Usted la quiere?

LUIS. Sí; pero después de oírle a usted...

MANO. Caballero...; no soy tan despreciable como usted supone. Si usted quiere a su prima, yo me quito de en medio. Me iré ahora mismo.

LUIS. ¡Ca! Usted se queda. Y se casará con ella. Cuente usted con mi apoyo y no me lo agradezca, pollo.

MANO. Como usted quiera. Y ahora confío...

LUIS. Puede usted estar tranquilo. *(Manolo saluda y hace mutis por el foro derecha, sin ver a Esperanza ni a Rosario.)* ¡Buena pareja! El, todo un caballero; ella, toda una señorita. ¡Puaf! *(Mutis por la primera izquierda.)*

ESCENA IX

Esperanza y Rosario.

(Entran por el foro Rosario, furiosa; Esperanza, abatida.)

ROSA. Tan sinvergüenza es el uno como el otro. ¡Vaya un par de frescos! ¡Para que se fíe una! *(Imitando a Manolo.)* "¡Yo me quito de en medio!" "¡Yo me voy ahora mismo!" ¡Granuja! ¡Farsante! ¡¡Portero!!

ESPE. Esto te enseñará a no juzgar a las personas tan a la ligera.

ROSA. Tienes razón, Esperanza. Hay que fijarse mucho antes de decidirse. Ya ves: esta mañana tenía yo dos novios, y en un momento me he quedado sin ninguno. Y gracias a que soy previsora y tenía otro, por si acaso; que si no...

ESPE. ¿Otro? ¡Pero, Rosario!

ROSA. Otro, sí; pero no te asustes, que éste es el bueno; formal, serio, trabajador...

ESPE. Pero ¿quién es?

ROSA. Pepe, el secretario de papá. Hoy mismo le escribo. Tengo ya unas ganas de verle... ¿Te vas?

ESPE. Voy a mi cuarto.

ROSA. ¿A llorar un poquito? ¡Tonta! Haz como yo: a rey muerto, rey puesto. No merecen otra cosa.

ESPE. *(Haciendo mutis por la segunda izquierda.)* Tienes razón, Rosario.

ESCENA X

Rosario y *Luis*. Luego, *Doña Paz*.

ROSA. ¡Pobre Esperanza! Toma la vida demasiado en serio.

LUIS. *(Por la primera izquierda.)* Rosario, ¿estás sola?

ROSA. Estoy con un sinvergüenza.

LUIS. ¿Lo dices por mí? ¿Qué te he hecho?

ROSA. Hazte de nuevas. ¡Claro! Creías que tus líos no se iban a saber. Pues se saben. Y si piensas que voy a hacerme la loca, te engañas. Soy una mujer moderna; pero no tanto, ¡caramba!

LUIS. Puesto que te has enterado, no quiero ocultarte nada. Esa mujer no me ha importado nunca. No estés celosa de ella, Rosarito.

ROSA. ¿Celosa yo? Además de cínico eres tonto.

LUIS. Déjame terminar. Otra mujer ha sido la que me ha hecho vacilar un momento.

ROSA. ¡Ah!, ¿pero hay otra? Por lo visto tienes mi mismo sistema.

LUIS. ¿Cómo?

ROSA. Nada. Déjame.

LUIS. No, Rosario. Yo quiero decirte que he estado a punto de hacerte traición, de olvidar mis

promesas por una mujer que no lo merecía. Confieso mi culpa y vuelvo a ti arrepentido y más enamorado que antes. ¡Perdóname, Rosario! *(Pretende cogerle la mano.)*

ROSA. *(Retirándose.)* Déjame.

LUIS. *(Acercándose otra vez a ella.)* ¿Me perdonas?

ROSA. Te digo que me dejes. ¡Qué farsante!

LUIS. No, no te dejo hasta que me perdones, hasta que me digas que me quieres como yo a ti; más que nunca, más que a nadie en el mundo. *(Pretende abrazarla.)*

PAZ. *(Que ha entrado por el foro derecha.)* ¿Eh?

LUIS. ¡Tía!

PAZ. ¡Sobrino! ¿Qué significa esto? ¿Es que te ha dado la locura por abrazar a todas?

LUIS. No, tía; es que...

PAZ. ¿Vas a decirme ahora que te vas a la cochera porque te lo ha mandado Rosario?

ROSA. Rosario donde le manda es a paseo. A mí no me toma el pelo ningún saltamontes.

LUIS. ¡Rosario!

ROSA. Ni voy a dejar a mi novio, que es un hombre, por un pelele con trabilla.

LUIS. ¿Tu novio?

ROSA. Mi novio, sí. ¿Te extraña?

LUIS. ¿Pero lo dices de veras?

ROSA. Y tan de veras.

LUIS. ¿Oye usted, tía?

PAZ. El que tiene que oírlo eres tú.

LUIS. Perfectamente. Ya veo cómo saben querer las señoritas. Todas son iguales: las frívolas y las juiciosas, las ligeras y las reflexivas; todas falsas, coquetas, hipócritas... ¡Y pensar que por ellas huí de la única mujer que puede hacerme feliz! Afortunadamente no está lejos, y dentro de un cuarto de hora estaremos juntos para siempre. Adiós. *(Mutis rápido por la primera izquierda.)*

ESCENA XI

Doña Paz, Rosario y Manolo Zapata.

PAZ. Adiós, hijo.

ROSA. Buen viaje. Ya te habrás convencido de que entre Luis y yo no hay nada.

PAZ. Si yo ya sé a quién quieres tú. Mira, ahí le tienes.

ROSA. ¿Manolo? Me alegro. Este también me va a oír.

PAZ. ¿También?

MANO. *(Por el foro derecha.)* Chica, soy un bárbaro. Acabo de dar un salto de tres metros quince.

ROSA. Pues eso no es nada comparado con el que vas a dar ahora.

MANO. *(Sobrecogido por la actitud de Rosario.)* ¿Qué te pasa?

PAZ. Eso es. ¿Qué te ocurre?

ROSA. Que es preciso poner las cosas en claro. Tía: este señor es un sinvergüenza.

PAZ. ¡Niña!

MANO. ¡Rosario!

ROSA. Y un farsante.

MANO. Oyeme.

ROSA. Ni pido explicaciones ni las doy. Hemos terminado para siempre. ¡Para siempre! ¿Está claro? ¡Muy buenas! *(Mutis rápido por el foro derecha.)*

ESCENA XII

Doña Paz y Manolo Zapata.

MANO. *(Queriendo detener a Rosario.)* ¡Pero, escúchame!

PAZ. Es inútil. No la convencerá usted.

MANO. ¡Lo que me temía! ¡Se ha enterado! La cosa no puede estar más clara.

PAZ. Lo estará para usted; porque yo cada vez comprendo menos lo que aquí pasa.

MANO. Naturalmente. Como que de lo que se trata es de que usted no lo comprenda.

PAZ. ¿Eh?

MANO. Pero lo va usted a comprender en seguida; porque yo me he prestado a todo siempre que no se me perjudicara, pero desde el momento en que se me abandona no tengo por qué guardar consideraciones. Lo primero es defenderme yo.

PAZ. Así debe ser.

MANO. Sí, señora; tiene razón Rosario. Soy un farsante.

PAZ. ¿Y a eso le llama usted defenderse?

MANO. Soy un farsante, pero soy un inocente. La culpa es de don Cristóbal.

PAZ. ¿De mi marido?

MANO. De su marido. Sepa usted, señora, que en esta casa el verdadero farsante es él.

PAZ. ¡Cielos!

MANO. Y que la señora de marras no es a mí a quien busca, sino a don Cristóbal.

PAZ. ¡No es posible!

MANO. Y que yo me he prestado a servirle de tapadera. Ea, ya está dicho.

PAZ. ¡Ah, canalla! ¡Y le decía yo que estaba en la **higuera!**

MANO. Si duda usted aún, llámele.

PAZ. *(Llorosa.)* ¡Engañarme así! ¡Viejo verde! ¡Sátiro!

MANO. Señora, yo siento...

PAZ. No lo sienta usted, Manolo, no lo sienta. Su sinceridad le honra. ¡Ay, qué mala me pongo! ¡Necesito aire! ¡Me ahogo!

MANO. *(Dándole el brazo.)* Cálmese usted, señora. Vamos al jardín. *(La conduce hacia la puerta del foro.)*

PAZ. *(Al mutis, llorando a lágrima viva.)* ¡Ay, Manolo, Manolo, qué desgraciada soy! *(Mutis de ambos.)*

ESCENA XIII

Luis y Trini.

LUIS. *(Por la primera izquierda, con una carta en la mano.)* ¡Martina! Es lo mejor; no quiero ver a nadie, y a Esperanza menos... ¡Esperanza!... Capaz sería de hacerme dudar, si la viera... Nada, nada... Esta carta a los tíos, y a Madrid con Trini. *(Dirigiéndose a la segunda izquierda.)* ¡Martina!

TRINI. *(Por la derecha, hablando con alguien que queda dentro.)* Aquí espero. Y dígale usted que no me voy sin verlo.

LUIS. ¡Trini!

TRINI. *(Sorprendida.)* ¡Luis!

LUIS. No sabes lo a tiempo que llegas. ¿Cómo he podido ser tan ingrato contigo? Contigo, que pagas mi ingratitud con una nueva prueba de tu cariño al venir a buscarme...

TRINI. *(Sin saber qué decir.)* Yo...

LUIS. Pero no temas; que ya nadie ni nada nos separará, ¿verdad? *(Abrazándola.)*

TRINI. *(Como antes.)* Sí... sí... lo que tú quieras. *(Aparece doña Paz detrás de la ventana.)*

LUIS. ¡Qué buena eres! ¡Tú sí que me quieres de veras! *(La abraza más fuerte.)*

PAZ. *(Aparte.)* ¡Y van tres!

TRINI. *(Dejándose abrazar.)* Luis...

LUIS. Espérame aquí. Voy por mi maleta, y vuelvo en seguida. *(Se va rápidamente por la derecha.)*

ESCENA XIV

Trini y Doña Paz.

TRINI. *(Sin salir de su asombro.)* Bueno.

PAZ. *(Por el foro.)* Malo.

TRINI. Señora, ¿usted?...

PAZ. Sí, yo.

TRINI. ¿Y ha escuchado...?

PAZ. Lo suficiente para comprender quién es usted.

TRINI. Yo, señora...

PAZ. Usted ha venido a esta casa por un hombre ridículo, a quien no puede querer.

TRINI. ¿Usted qué sabe?

PAZ. Sé que ese desgraciado es incapaz de enamorar ya a nadie.

TRINI. ¡Que se cree usted eso!

PAZ. ¡Y es eso! La prueba está en que en cuanto ha visto usted a otro, joven y con dinero, ha cambiado de opinión. Y ya que la casualidad facilita la solución del conflicto, váyase usted con Luis enhorabuena, y devuelva usted la tranquilidad a mi casa.

TRINI. Se equivoca usted, señora. Yo busco...

PAZ. A Manolo Zapata, ¿verdad? Es inútil que siga usted fingiendo. Conozco la comedia. Usted y el sinvergüenza de mi marido se han puesto de acuerdo para engañarme una vez más.

TRINI. ¡Yo no me he puesto de acuerdo con nadie, señora! Los que parece que se han conchabao pa chunguearse de mí, son ustedes. ¡Y ya se me ha acabao la paciencia!

PAZ. ¡Y a mí también!

ESCENA XV

Dichos. Don Cristóbal y *Manolo,* que salen por el foro.

MANO. *(Al ver a Trini, queriendo huír.)* ¡Ah!

CRIST. *(A Manolo, deteniéndole y dándole ánimos.)* ¡Valor, amigo Zapata! Hágalo usted por mí.

TRINI. *(Con sorna.)* No te asustes, rico, que no te como. ¡Se me indigesta la gallina! *(Doña Paz contempla la escena, dando muestras de impaciencia e indignación.)*

MANO. ¡*(A don Cristóbal.)* ¡Esto es una encerrona!

CRIST. *(A Manolo.)* ¡Dígale usted algo, hombre!

MANO. ¡Trini!

TRINI. Me llamo. No me esperabas, ¿verdad? Pues aquí me tienes, prenda.

MANO. ¡Te juro que...!

CRIST. *(Aparte.)* ¡Gracias a Dios que rompe!

TRINI. No me jures, que te señalo.

MANO. ¡Te juro que estás equivocada! Yo no he venido aquí a lo que supones...

TRINI. No, ¿verdad? ¿No has venido a ver a tu novia? ¿No son suyas estas cartas? *(Sacando unas cartas y enseñándolas.)* ¡Niégalo, si te atreves! ¿Creías que ibas a pitorrearte de mí? Pues no me conoces, monada. Aún no ha nacido el que le tome el ondulao a mi personita.

MANO. ¡No escandalices!

CRIST. *(Aparte, con admiración.)* ¡Son dos comicazos!

TRINI. Qué bien, ¿verdad? Yo engañando contigo a los infelices que me toman en serio...

MANO. ¡Calla!

CRIST. *(Aparte.)* ¡Están eminentes!

TRINI. Y tú dedicándote a las niñas "bien" pa cazar una con pasta y darme la patá. Pues no te hagas ilusiones; que como lo he impedido ahora lo impediré siempre.

MANO. *(Amenazador.)* ¡Si no mirara dónde estamos...!

CRIST. *(Aparte.)* ¡Qué tío!

TRINI. Me pegabas, ¿verdad? ¡Atrévete, granuja, pilo, canalla!

CRIST. *(Aparte.)* ¡Qué tía!

PAZ. *(Estallando.)* ¡Basta ya! ¡Esto es un escarnio, Cristóbal!

CRIST. Tienes razón. Es preciso que...

PAZ. Es preciso que te calles.

CRIST. Esta es una casa decente y...

PAZ. ¡Que te calles he dicho! Acabemos con esta farsa indigna que has tenido la desfachatez de prepararme.

CRIST. *(Sorprendido.)* ¡Ah! ¿Pero tú sabes que todo esto lo he preparado yo?

PAZ. Lo sé todo.

CRIST. Bueno, señores. En vista de que mi mujer está enterada, no riñan ustedes más.

PAZ. ¿Habrá cinismo? ¡Eres un monstruo!

CRIST. ¡Paz!

PAZ. No contento con engañarme miserablemente con esa mujer, con abusar de la amistad del pobre Zapata, atribuyéndole tus líos, me preparas esta escena tan ridícula como dolorosa para mí; y cuando ves que conozco tus trapisondas, en vez de mostrarte arrepentido y contrito, haces alarde de tu cinismo y de tu desvergüenza.

CRIST. ¿Pero qué dices?

PAZ. Digo que conozco tus amores con esa mujer.

TRINI. ¿Conmigo?

PAZ. ¡Con usted!

CRIST. ¡Qué locura!

PAZ. Manolo, diga usted la verdad.

CRIST. Dígala usted.

TRINI. Díla.

MANO. La verdad es que Trini no busca a don Cristóbal; me busca a mí.

TRINI. Esa es la fetén.

PAZ. ¡Mentira! ¡Usted es otro cínico!

CRIST. ¡Hombre, haga usted el favor de no decir majaderías!

TRINI. ¡Cómo majaderías!

CRIST. Si ustedes no se conocían. ¡Si usted a quien busca aquí es a Luis!

MANO. ¿A Luis?

TRINI. ¡Mentira!

CRIST. ¡Nada, que se han propuesto volverme loco!

TRINI. ¡Si están ustedes locos, que los encierren! *(Cogiendo del brazo a Manolo.)* ¡Vamos tú!

ESCENA XVI

Dichos, Luis; a poco, *Esperanza.*

LUIS. *(Por la derecha, con la maleta en la mano. Al encontrarse con Trini y Manolo suelta la*

maleta, estupefacto.) ¿Adónde vas, Trini?

TRINI. Ya lo ves. Con éste.

LUIS. ¿Con ese hombre? ¿Pero es que le voy a encontrar siempre en mi camino?

CRIST. Déjala, tonto.

LUIS. ¿Pero no ve usted que se va con él, con el que le pegó en Maxim's?

CRIST. ¡Ah!, ¿era Manolo? ¡Muy bien! ¿No querías verte libre de ella?

LUIS. ¿Quién le ha dicho a usted tal cosa?

CRIST. ¡Anda, morena! Tú.

LUIS. ¿Yo? Pues lo he pensado mejor. Esta mujer ha venido por mí... *(Aparece Esperanza en la segunda izquierda.)*

CRIST. *(A Paz.)* ¿Lo ves?

TRINI. ¡Te equivocas, rico!

PAZ. *(A Cristóbal.)* ¿Lo ves?

LUIS. Y conmigo se irá. *(A Manolo.)* Usted ya tiene su novia: Esperanza.

TRINI. ¿Otra?

CRIST. ¡Atiza!

MANO. ¿Qué dice usted? ¿Qué tengo yo que ver con Esperanza?

LUIS. ¿No me dijo usted antes que quería casarse con ella?

MANO. No, señor. Lo que dije fué que quería casarme con su prima, con Rosario.

PAZ. *(A Luis.)* Con Rosario.

CRIST. Claro.

TRINI. Y yo he venido a deshacer esa boda. Y como ya lo he conseguido, aquí estamos de más.

LUIS. ¿Pero no venías por mí?

TRINI. ¿Por ti? ¿Habrá panoli? Vengo por éste, que es el único que me importa. Tú no eres más que un pasmao, que por dártelas de caballero caminante has estao haciendo el canelo. Anda, Manolo; anda p'alante y deja a estos primos alumbraos. Muy buenas. ¡Pero que muy buenas! *(Empuja a Manolo y desaparecen ambos por la derecha. Luis se queda como hipnotizado.)*

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos *Manolo Zapata* y *Trini.*

PAZ. *(A Cristóbal.)* ¿Entonces, tú...?

CRIST. Yo, creyendo como Luis que le buscaban, y para impedir que Esperanza y tú os enteraseis...

LUIS. *(Saliendo de su estupor.)* Pero, entonces, Esperanza no me ha engañado. ¡Bendita sea mi suerte! *(Gritando.)* ¡Esperanza! ¿Dónde está Esperanza?

ESPE. ¿Me llamabas?

LUIS. Para que me contestes a lo que antes te pregunté. Si tú quieres, me quedo aquí para siempre: si no, seguiré haciendo disparates por el mundo, sin enmendar mi primer impulso, siempre equivocado. Decide tú: ¿me voy?, ¿me quedo?

ESPE. Quédate, Luis.

LUIS. *(Disparándose.)* ¡Ustedes serán nuestros padrinos! ¡¡Y los de nuestro primer hijo!!

PAZ. ¡Del primero, no!

LUIS. ¿Por qué?

PAZ. Porque tratándose de un hijo tuyo, es mejor que aguardemos al segundo.

TELÓN



Imp. Sáez Hermanos
Norte, 21. — Madrid